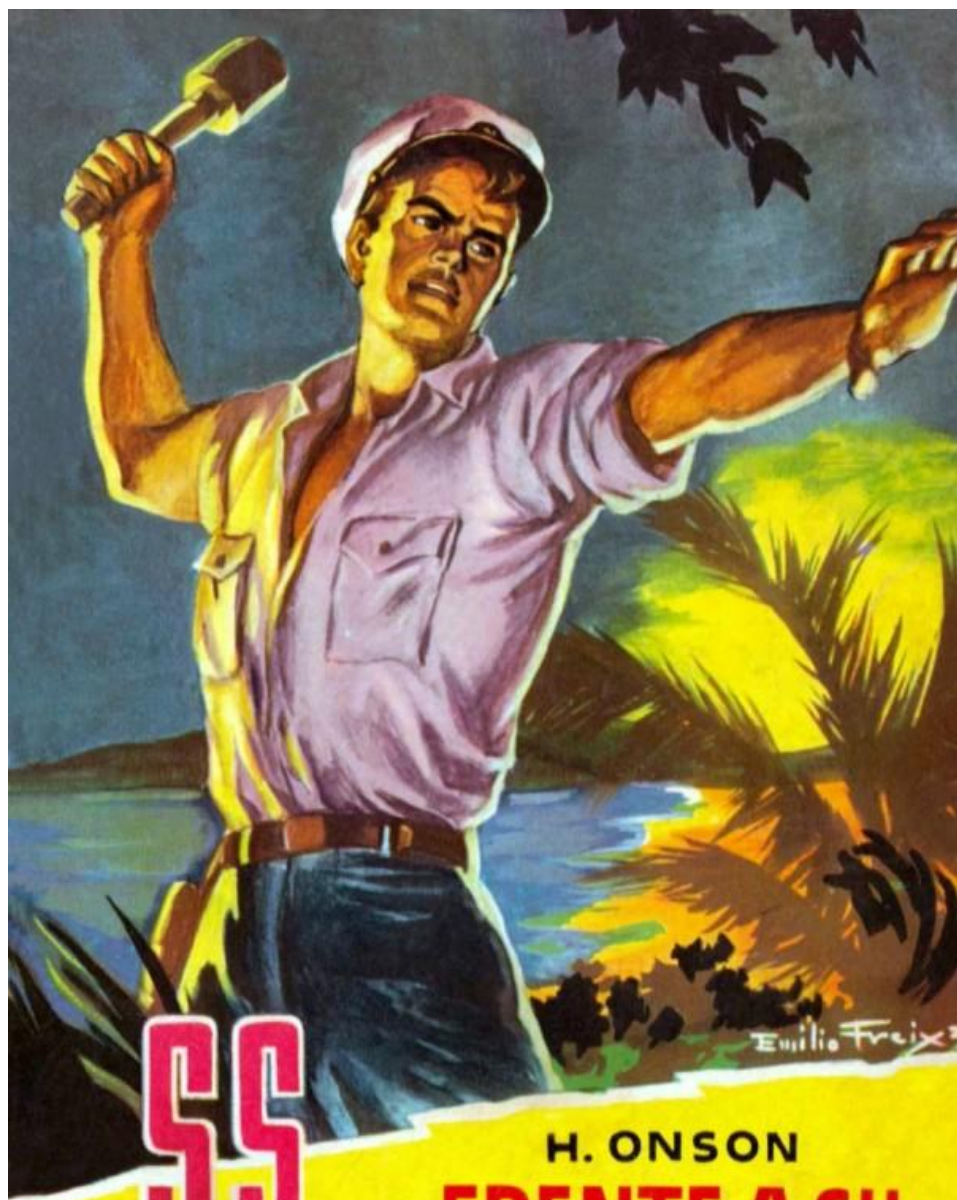




SS

**SERVICIO
SECRETO**

H. ONSON

FRENTE A SU PROPIA SANGRE

H. ONSON

Frente a su propia sangre

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1966



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección PANTERA:

27 — Un oficial de «Marines».

CLASIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 • Barcelona

FRENTE A SU PROPIA SANGRE

por H. ONSON



CAPÍTULO PRIMERO UN OFICIAL

La base de Pearl Harbour yacía bajo el humo del ataque japonés. Aún no habían callado los estallidos de las bombas ni el ronquido de los motores de los ceros⁽¹⁾. Desde el puerto, se alzaban las llamas que prendían en los buques.

La multitud horrorizada, corría de un lado para otro, mientras las defensas recién improvisadas intentaban repeler la agresión.

Los heridos eran retirados y los muertos se conducían al hospital, entre el desbarajuste de lo sucedido.

El aparato militar americano se ponía en movimiento para contestar a la agresión. El telégrafo comunicaba a todos los puntos la noticia, para que, en caso de repetirse, pudiera ser atajado a tiempo el ataque.

Los altos mandos de la flota y del ejército se disponían a movilizar a todo el personal disponible, para emprender la lucha contra los japoneses.

A muchas millas de allí, en la placidez de las Filipinas, Manila seguía su vida normal de agitado bullicio, en cuyas calles se mezclaban los seres de todas las razas del mundo. Chinos, malayos, tagalos, hindúes, persas, igorotes, blancos y negros corrían de un lado para otro, dedicándose a sus quehaceres y a sus ocupaciones.

En su despacho, el general Mac Arthur había reunido a sus auxiliares entre los que destacaban el general Willoughby y el general Valdés, jefe este último de los exploradores filipinos.

Las jefes de la Marina se encontraban también allí, inquietos por la apremiante llamada del general. Por último, los jefes de los funcionarios civiles también aparecían reunidos en aquella amplia sala.

—Señores —dijo Mac Arthur con su manera de hablar decidida—, les he llamado porque las circunstancias son graves. Me informan que los japoneses han atacado Pearl Harbour.

Hubo un murmullo de asombro entre los que le escuchaban y el general añadió:

—Calma. Ante todo debemos tomar medidas para impedir que repitan aquí la agresión y que el pánico cunda entre los habitantes de las Filipinas. Dentro de breves horas, los periódicos publicarán la noticia y entonces será tarde para tomar medidas. Dispongan los medios para que la población no se asuste. Una alocución por radio sería bastante apropiada —hizo una pausa y agregó—: Todas las tropas deben acuartelarse. Los permisos se cancelarán y se llamará a los reservistas. Así mismo, deben abrirse banderines de enganche para reclutar voluntarios. Las islas deben ponerse en estado de sitio...

Las órdenes se cursaron con presteza, avisando a todos aquellos que habían aprovechado la calma para descansar. Todo el aparato defensivo se puso en movimiento y pronto se cumplieron las indicaciones de Mac Arthur.

En una amplia hacienda, alejada del bullicio de la ciudad, la noticia había caído como una bomba, alterando por completo el sosiego de aquel fin de semana.

Los propietarios, Mr. y Mrs. Hawthorne, habían reunido allí a varios amigos suyos y de sus hijos, entre los que figuraban importantes hombres de negocios, funcionarios civiles y militares.

Junto a la radio, escuchaban todos los mensajes que por orden del mando supremo se iban transmitiendo.

Hawthorne exclamó:

—Parece inconcebible que nadie haya tomado medidas a tiempo.

Un marino de cabellos grises respondió:

—Ya es inútil hablar de esto. Ahora, lo único que cabe hacer es cumplir lo que se ha ordenado. Yo prepararé las maletas para incorporarme inmediatamente a mi buque.

Hawthorne agregó:

—Y yo regresaré a Manila como si nada hubiese sucedido. Es preciso que todo siga igual para impedir que nos derroten. Mejor dicho, para poder devolver un nuevo golpe.

Todos se pusieron de pie para imitarle, cuando el hijo mayor de Hawthorne, oficial del ejército, preguntó:

—¿Dónde está Pinkerton?

Nadie supo contestarle, al tiempo que Mrs. Hawthorne añadía:

—¿Y Norma?

Hubo un breve silencio, mientras otro oficial enrojecía. Era este un hombre joven y atlético, que lucía los galones de capitán. De elegante

aspecto, vestía el pantalón recto y la camisa del ejército, con la corbata muy bien anudada. Tenía la frente despejada y la barbilla robusta. Era, a todas luces un hombre bien parecido, enérgico e inteligente.

—Deben estar paseando —respondió.

Un criado fue enviado a buscar a los dos jóvenes.

Fuera de las cercas de la hacienda, al otro lado de un río que sombreaban copudos árboles, dos jóvenes se hallaban sentados bajo un nogal, hablando ensimismados.

Ella era una muchacha de mediana estatura, esbelta y flexible, de breve talle y hombros redondos bajo la blusa de seda. Los pantalones de montar revelaban su perfecta silueta, pero no ocultaban su condición de mujer. Lucía el oscuro cabello recogido en la nuca de modo que formase una cascada negra sobre su recta espalda. Tenía los ojos almendrados, verdes como la esmeralda y llenos de vida. Largas pestañas los sombreaban, y sus finas cejas de enérgico trazo le daban un aire inteligente y decidido. Sus pómulos levemente pronunciados daban a su hermoso semblante una expresión exótica. La naricilla respingona y los rojos labios contribuían a la viveza de sus ojos. Contaría unos dieciocho años y se advertía en sus elegantes movimientos y en su manera desenvuelta de lucir el traje de equitación que estaba acostumbrada a que los hombres la asediaran desde la adolescencia, pero también que sabía hacerse respetar.

A su lado se encontraba un hombre alto, enjuto, pero de fuertes músculos, que vestía asimismo un traje de montar. Las mangas enrolladas descubrían unos nudosos brazos, de músculos flexibles y endurecidos. Sus hombros eran anchos y el torso de líneas clásicas. Tenía el cabello rubio y rizado y se adornaba con un bigote como la guardia real inglesa. La frente despejada era la de un filósofo, las pupilas, de mirada vaga y profundamente azules, las de un soñador, la mandíbula era firme, pero no denotaba a un hombre de recia voluntad.

Las líneas de su semblante, que las mujeres encontraban extraordinariamente atractivo, eran sensibles y propias de un hombre que ha pasado la vida en un ambiente refinado. Sin embargo, su musculatura era la de un atleta.

—Shakespeare —decía el joven—, el mejor de los dramaturgos, no debiera ser representado más que por actores de primera talla. A falta de estos, sus admiradores no deberíamos hacer otra cosa más que leerlo. Con frecuencia la mala interpretación desvanece los hermosos y profundos pensamientos que expresa con su florido lenguaje, desconocido en otros poetas ingleses. Así, por ejemplo, en el famoso monólogo de Hamlet en que nos dice que el hombre no puede soslayar las responsabilidades con las que le enfrenta la vida, aunque él lo pretenda. Tampoco pueden hacerse las cosas a medias, sin entregarnos de corazón a ellas. El hombre, cuando emprende una acción, sea la que sea, debe aceptar todas las consecuencias

que nos brinda y todas las dificultades, incluso cuando violento nuestros más profundos sentimientos, porque el problema es ser o no ser.

La muchacha asintió.

—Creo que tienes razón, David, pero nunca oí explicar a Shakespeare con tanta precisión.

—En Oxford tuve un buen maestro, Norma —respondió el joven cuya pronunciación era decididamente inglesa.

La muchacha añadió entonces:

—Muchas veces me he preguntado cómo no eras profesor en vez de militar. Creo que tu carácter es más propio de ello.

El llamado David quedó un instante silencioso y una nube pasó por su semblante. Luego, dijo:

—En mi familia todos han sido militares.

Unos gritos interrumpieron la conversación y se vio avanzar a un tagalo que corría a toda prisa. Norma preguntó extrañada:

—¿Qué sucederá?

David no respondió, pero el tagalo al acercarse explicó, jadeando:

—Miss Norma, teniente Pinkerton, les llaman a la casa. Vayan deprisa.

—¿Qué sucede? —inquirió la muchacha.

—Ha estallado la guerra.

David Pinkerton se estremeció, apretando los puños. Norma no pudo contenerse:

—¡Es horrible! ¿Qué va a suceder?

—Nadie puede saberlo —respondió el joven—. Vamos pronto a casa. Debo incorporarme de nuevo al regimiento.

II SER O NO SER

David Pinkerton se trasladó a toda prisa a la base de Cavite, donde se hallaba destinada su unidad de Marines.

La guerra era la ocasión que durante tantos años el joven oficial había deseado y al propio tiempo temido.

Por distintas razones, sus sentimientos personales se contradecían en aquella cuestión. Como oficial, no podía desearla ni rechazarla. Simplemente, debía cumplir con su obligación.

Había algo en la mente de David que siempre había ocultado a todo el mundo, pero que había influido decisivamente en su existencia.

Se había educado en Europa, hasta que tuvo edad para ingresar en la Universidad. Entonces, su madre, una poetisa de bastante fama, hija de una antigua familia de Boston, se trasladó a Inglaterra, mandándole a Oxford. Allí el muchacho se aficionó a los clásicos y obtuvo magníficos premios en Literatura, en Historia y, desde luego, en deportes.

Sobresalió en atletismo en todas sus ramas, pero sentía cierta repugnancia por el boxeo y el rugby. También fue un magnífico nadador y un buen remero.

Al ingresar en la Universidad, como era costumbre entre los estudiantes ingleses, decidieron atacarle por ser americano y novato. Él se defendió lo mejor que pudo hasta ganar el respeto de todos ellos. Pero comprendían que no luchaban por afición, sino por necesidad.

Entre los muchachos se hablaba de las aficiones de cada uno y de lo que eran sus padres. La familia Pinkerton habían sido militares desde la época de Washington. Ni uno solo entre ellos ejerció una profesión civil. En cambio, la familia de su madre habían sido financieros y terratenientes desde que se establecieron en el Nuevo Mundo.

Muchos de sus compañeros, hijos asimismo de militares, pensaban que él también pertenecería al Ejército, cosa que no acababa de atraer al muchacho. Él, en realidad, sentía más afición por la Literatura que por otra cosa.

Sin embargo, era caso natural que considerara su obligación continuar por la senda de sus padres. Un día el profesor de Literatura les explicó el significado del monólogo de Hamlet. El joven lo comprendió bien y siguió leyéndolo durante mucho tiempo, para descifrar cualquier significado que les hubiese pasado inadvertido. Sobre él hizo su examen de Literatura, con magníficas notas.

Pero entonces llegó a la conclusión de que el bardo de Avon tenía razón

y que no se podía marchar alegremente por ninguna senda. Que era preciso dar de sí todo lo posible, sacrificando todo cuanto se rebelase a ello, al emprender un camino.

En la vida no se podían hacer las cosas a medias. Era preciso llegar a compenetrarse por completo con la tarea emprendida.

Entonces, supo algo que hasta aquel momento le habían mantenido oculto. Nunca le negaron que sus familiares habían sido militares, pero había algo que nadie supo y que descubrió por casualidad. Su madre le había mantenido siempre apartado de todo sentimiento violento o de toda idea de la guerra.

Casi todas sus amistades eran europeas, habiendo tratado a muy pocos americanos en sus correrías por el continente. En Oxford conoció al hijo del agregado militar de la Embajada de Estados Unidos, y se relacionó relativamente con él, aunque no se hicieron amigos.

Este era un muchacho violento y aficionado a los deportes duros. Sin embargo, en todas las asignaturas y en todos los deportes, sobresalía David por encima de él.

La hermana de uno de sus condiscípulos, Marjory Tenton, acudió a presenciar los campeonatos deportivos. El hijo del agregado militar la conocía ya y estaba enamorado de ella. Pero la muchacha no tenía ojos más que para David, que hizo mucho mejor papel que él tanto en atletismo como en tenis.

Marjory bailó repetidamente con el joven, demostrando que era él quien le interesaba únicamente.

El otro no lo pudo perdonar y un día en que se hallaban reunidos varios de ellos, incapaz de contener su odio por más tiempo, aprovechó la oportunidad de que Pinkerton se había negado a formar parte del equipo de boxeo para acusarle de cobardía.

El anfitrión, Lord Tenton precisamente, le rogó que aclarase lo que acababa de decir, mientras David le amenazaba con batirse con él. El otro se avino, haciendo la revelación que debía variar el curso de la vida de Pinkerton.

A los Pinkerton les venía de familia el ser cobardes. Un par de ellos habían destacado en la guerra contra los ingleses y en las campañas contra los indios. Los demás habían cumplido su deber, tal como de ellos se podía esperar. Pero el abuelo, capitán Lawrence Pinkerton, fue el primero que demostró aquel signo que debía señalarles a todos con una mancha infamante.

Fue durante la guerra contra los españoles. Tomó parte en la conquista de Puerto Rico, marchando sobre el Caney. Al frente de su compañía hostilizaba a los defensores de la posición que, sitiados, casi sin ropas y solo con fusiles, resistían como lobos enfurecidos, pegándose al terreno y disputándolo pulgada a pulgada a los asaltantes.

La batalla, que el jefe americano consideró duraría unas horas, se repitió durante varios días, y siempre batidos por los certeros disparos y rechazados por las aceradas bayonetas de los españoles.

Cuando el combate adquiriría su mayor fiereza, mientras veía cómo sus hombres se iban desplomando, sin vacilar un solo momento, el capitán Pinkerton echó a correr, abandonándoles a su destino. Por fortuna, otro oficial pudo tomar el mando y la catástrofe no se produjo.

Al concluir la campaña, el capitán Pinkerton había sido juzgado por cobardía ante el enemigo. Hijo de una familia de distinguidos soldados, pretendieron mostrarse benévolos con él, pero debió abandonar el servicio y retirarse a la vida privada.

Su hijo, el padre de David, el teniente Allan Pinkerton, marchó a Francia en 1917 cuando aquel era un niño de un año, con la división «Arco Iris». Luchó bastante bien, distinguiéndose hasta el punto de recibir los galones de capitán y el mando de un batallón. Pero en Saint Michael, cuando las tropas americanas avanzaban sobre las líneas germanas, despreciando el fuego enemigo y entonando «Over There»^{2} a voz en cuello, algo extraño debió pasar por la mente de Pinkerton.

Vio cómo sus hombres eran barridos por el adversario; por encima de las estrofas de la canción, oyó los gemidos de los heridos y el tableteo de las armas, junto con el estallido de las granadas y el retumbar de la artillería.

No pudo contenerse. De un modo inesperado, echó a correr, abandonando a sus tropas. Por culpa suya, el saliente de Saint Michael estuvo a punto de resultar un fracaso. El juicio iba a ser mucho más duro que el de su padre, agravado por este precedente. Pero una mañana el capitán Pinkerton amaneció muerto.

David y el otro muchacho se agredieron, pero el joven quiso averiguar la verdad. Fue a ver a su madre, exigiéndole que le confirmase o negase la historia.

Ella no tuvo más remedio que reconocer que era cierto. Por esta razón, prefirió mantenerle apartado de los centros frecuentados por americanos, para que jamás pudiera descubrirlo.

David comprendió también la razón por la que le había educado apartado de todo sentimiento de violencia. Temía que se despertase en él la cobardía hereditaria de los Pinkerton.

Esto le dio mucho que pensar. ¿Serían verdaderamente unos cobardes? ¿Les faltaría a todos ellos el valor que otros muchos tenían? Se preguntaba si la sangre de sus venas sería efectivamente sangre de cobarde y si él sería inferior a otros hombres.

Por esta razón, se lanzó a los deportes violentos que nunca había practicado. Pronto destacó en el rugby y en el boxeo, pero seguía preguntándose si era un cobarde.

La frase de Shakespeare volvía a su memoria y, decidió ser militar, después de pensarlo mucho. Al fin y al cabo, el problema de ser o no ser se presentaba ante él. Eligió el cuerpo de Marines por ser el que siempre realizaba los trabajos más duros, y el de Infantería por ser el que se exponía más.

En la Academia descubrió que no en balde llevaba sangre de soldados en las venas. Aquello era lo que en realidad deseaba, pero pese a sus buenas notas y a la actitud cordial de sus compañeros y profesores, seguía mortificándole el temor de ser un cobarde. Pidió, al recibir el grado, que le enviasen a las zonas del Pacífico, ante la perspectiva de la guerra que por el horizonte político comenzaba a asomar.

La había deseado y temido. En ella podría demostrarse a sí mismo que no existía tal cobardía familiar, pero también tenía miedo de que en un momento preciso pudieran fallarle los nervios y huir bajo el fuego enemigo.

Entonces, la guerra era ya un hecho. Había llegado la ocasión de demostrarse a sí mismo si, en efecto, la sangre de los Pinkerton era la de un cobarde, había llegado el momento de ser o no ser.

III MOVILIZACIÓN

La base de Cavite se hallaba agitada por las noticias que de todas partes llegaban. Las órdenes de Mac Arthur se habían esparcido por toda la isla, movilizandando las guarniciones. Cuando llegó Pinkerton, con su uniforme de pantalón recto y su ancho sombrero, entraban y salían ordenanzas que le saludaban al pasar. Asimismo, los furrieles y los oficiales de aprovisionamiento se hallaban atareados revisando las existencias. En las oficinas, los mandos superiores examinaban mapas y consultaban órdenes. Las compañías descansaban en las naves, con el equipo dispuesto para partir en caso necesario.

David se encaminó hacia el puesto de mando donde prestaba sus servicios como oficial ayudante. Este puesto se lo habían dado por su capacidad, aunque él deseó con todas sus fuerzas seguir mandando tropa.

En el patio se encontró con el capitán Walsh, que también se hallaba en casa de los Hawthorne durante aquel fin de semana, el último de cuantos iban a pasar en paz durante varios años.

Habían salido juntos de la vivienda, pero debido a que vivían en lugares distintos de la capital llegaron separados a la base.

David saludó, preguntando a continuación:

—¿Se sabe algo más, señor?

Walsh negó con la cabeza. Luego, añadió secamente:

—Usted debiera saber más que yo, Pinkerton. Está en un puesto de más responsabilidad.

David calló, molesto por la afirmación del capitán, quien tan solo procuraba zaherirle del modo más eficaz posible. La razón estaba bien clara para todos.

Siguió David su camino hacia el puesto de mando, presentándose al veterano coronel Murchison, jefe del regimiento y de edad a punto de retirarse. El veterano de la guerra anterior, de China y de Nicaragua, le recibió con una sonrisa.

—¡Hola, Pinkerton! Siento haberle estropeado el fin de semana, pero no fue culpa mía.

David asintió.

—Lo creo, señor. ¿Qué se sabe en concreto?

—Poco más o menos lo que han dicho los periódicos, pero algo más grave para nosotros. La flota del Pacífico ha sufrido grandes pérdidas y está en mala situación. No podrá ayudarnos. Los envíos de fuerzas serán muy relativos y deberemos fiar principalmente en nosotros mismos. Se

están tomando las medidas para que la defensa de las Filipinas sea todo lo eficaz posible.

David se estremeció. Había llegado el momento de la gran prueba. La ocasión para la que había ingresado en los Marines y para la que estuvo preparando su cuerpo y su alma había llegado.

Se cuadró, diciendo:

—Señor, solicito ser destinado a una unidad de combate.

Murchison le miró sorprendido.

—¿A qué viene eso, Pinkerton? ¿Es que no se da cuenta de lo importante que es durante una campaña una unidad bien organizada? Y no puedo disponer de otro oficial que tan bien conozca el funcionamiento de esta oficina.

Pinkerton protestó:

—Señor, me hice soldado para defender a mi país.

Murchison le miró de nuevo, esta vez con expresión comprensiva.

—Mire, Pinkerton, es usted lo bastante joven para ser mi hijo menor. Es usted incluso menor que él. Por tanto, no vea en lo que voy a decirle la orden de un superior. Quiero explicarle muchas cosas acerca de la profesión militar que con el tiempo usted mismo comprobará —hizo una pausa y añadió—: Los regimientos se dividirán en varios batallones con los que formar columnas. Pero las jefaturas seguirán para que nunca falte el material humano, sin el cual un ejército no existiría nunca. Estas cabeceras son lo menos espectacular del Ejército y nadie se fija en ellas, es cierto, pero un porcentaje bastante grande de la profesión militar son el papeleo y la organización. Usted es aquí imprescindible y no puede abandonar este puesto.

Pinkerton abatió la vista un instante, para levantarla luego hacia el superior.

—Así y todo, insisto en mi petición. Deseo marchar a una unidad de combate.

Murchison se encogió de hombros, pero en sus pupilas apareció una mirada dura y tajante, que sus subordinados habían aprendido a temer.

—En este caso, petición denegada. Se le ordena que siga en este puesto.

Pinkerton se mordió los labios. No debía descansar. Era preciso que se expusiera al fuego y que se enfrentara con los adversarios de su patria, para demostrarse a sí mismo que no era un cobarde.

* * *

Llegaron de la Unión algunos contingentes de Marines y soldados, así como un limitado número de aviones y de material. La nación se reponía del duro zarpazo recibido en Pearl Harbour y se disponía a enfrentarse con el enemigo. Este seguía avanzando por las selvas asiáticas, como un alud incontenible.

Con las tropas llegadas del otro lado del mar y con los voluntarios enrolados en Filipinas, se crearon nuevas unidades. Como primera medida, todos los oficiales recibieron el grado superior durante la duración de la campaña. Así, David se vio con las barras de capitán en el cuello. Sin embargo, Walsh ostentaba el distintivo de Mayor.

La instrucción de los reclutas no les dejaba lugar al reposo, disponiendo además nueve batallones que partían a los lugares señalados como más peligrosos.

Entre los reclutas recién llegados de América se encontraba un cabo, ascendido en el campo de instrucción, llamado San O'Leary. Natural de Nueva York, había sido de todo. Recorrió el mar como tripulante de un cargo, fue boxeador, acróbata, vendedor ambulante y guardaespaldas de un rico petrolero en el Cercano Oriente. Se defendía bien manteniendo a la gente en cintura y organizando el reparto de prendas, por lo que el coronel decidió nombrarle sargento de aprovisionamiento.

Poco después de recibir el grado, entró como una tromba en el despacho de David.

—¡Capitán —exclamó—, yo vine a los Marines a luchar!

Nadie mejor que David podía comprender la situación de aquel hombre. Durante mucho tiempo había intentado por todos los medios conseguir el traslado sin lograrlo.

—Yo también, sargento, y aquí me tiene usted. Yo hubiese deseado marchar y el coronel no me deja. Espero poder lograrlo y entonces le llevaré a usted conmigo.

O'Leary no esperaba esta respuesta y, por un momento, cosa inconcebible en un neoyorquino de origen irlandés, no supo qué decir. Luego, agregó:

—Es muy decente por su parte, capitán, pero yo no quiero perderme la oportunidad de que mis amigos entren en fuego sin mí. ¡Quién sabe lo que les iba a ocurrir!

Sonrió David, añadiendo:

—El coronel no lo permitirá. Usted, es un consejo, busque a alguien que pueda sustituirle y entonces ya veremos.

O'Leary, con una increíble falta de respeto, se limitó a decir, mientras se retiraba:

—Sabe usted todas las respuestas, ¿verdad, capitán?

* * *

Llegó la orden de que el batallón que mandaba Walsh partiese hacia un punto de la isla y quedó fijada la fecha de marcha. David sabía que el Mayor se había visto con frecuencia con Norma. Esto apenas había podido hacerlo el joven. Tan solo en algunas ocasiones pudo visitarla o salir una tarde con ella.

La muchacha, por otra parte, se había alistado en el cuerpo de transportes femenino y también se hallaba muy ocupada. Sin embargo, esto no tranquilizaba a David. Tanto él como Walsh se habían enamorado de la muchacha al conocerla, pero ella prefería abiertamente a Pinkerton.

Sin embargo, de verla más Bill Walsh podía influir en sus sentimientos. Pero David, aparte del trabajo que sobre él pesaba, sentía cierto complejo de inferioridad ante el otro oficial. Este iba a combatir de un momento a otro y él se encontraba en una situación francamente de emboscado. Esto era lo que a él le parecía.

La mañana en que partía el batallón, se hallaban las compañías formadas en el patio con el equipo a la espalda, esperando el momento de marchar. Walsh, con su uniforme de campaña, se aseguraba de que todo estuviese en orden. David, junto al coronel, le contemplaba con nostalgia y con cierto temor. ¿Qué sentiría un hombre en el instante preciso de enfrentarse con la muerte? ¿Qué sería lo que pensaría cuando la metralla y los proyectiles enemigos, entre un infierno de detonaciones, segaran las vidas de sus compañeros?

De pronto, Walsh echó a andar hacia la puerta del cuartel. Pinkerton le siguió con la mirada, descubriendo una figura femenina vestida de uniforme. Era Norma. Se estremeció el joven. Ella acudía para despedirle. Quizá aquella circunstancia le hubiese hecho cambiar de opinión.

Vio cómo los dos hablaban un instante y luego se estrechaban las manos. Después, Norma le besó en la mejilla y volvió a marcharse. El joven abatió la cabeza. Todo estaba perdido.

IV EN CAMPAÑA

—¡David! ¡David!

Pinkerton se detuvo. Aquella voz la llevaba bien grabada en el corazón y nunca podría olvidarla.

Se volvió, para ver a Norma que corría hacia él, tendiéndole las manos y sonriendo.

—David, ¿por qué no vienes a vernos?

El joven estrechó las manitas de la muchacha y se excusó:

—Estoy muy atareado.

Ella negó con la cabeza.

—No acepto esta excusa. Tienes que venir esta misma tarde. ¿Prometido?

El joven asintió.

—Está bien —hizo una pausa y añadió—: ¿Cómo está el Mayor Walsh?

—Creo que bien —dijo Norma, sonriendo—. No tienen nada que hacer y se dedican a cazar y a pescar. Por ahora, es el que tiene el puesto más descansado.

David se despidió, regresando al cuartel. Una vez allí, abrió la correspondencia, hallando un oficio del alto mando en que le destinaban a una unidad de combate, que se debía organizar en la misma base. Pinkerton respiró aliviado.

Aquello era lo que estuvo esperando, pero ignoraba qué era lo que daría de sí cuando debiera presentar batalla a los japoneses. Luego, entró en el despacho del coronel, con un oficio secreto del cuartel general. Murchison lo abrió, leyéndolo por encima. Luego, alzó la cabeza.

—Los japoneses han puesto pie en la isla. Todas las reservas deben partir al frente.

—Señor —dijo el joven—, he recibido este oficio. Deben trasladarme a una unidad de combate.

El coronel movió la cabeza.

—¿Por fin lo consiguió? Bueno, no le censuro. Es hermoso ser joven y sentir la sangre que bulle en el pecho. Buena suerte, Pinkerton. Organice su compañía al instante.

Iba a retirarse el joven, cuando se detuvo y añadió:

—Señor, deseo llevarme al sargento O'Leary. Tiene ya un sustituto.

—Lléveselo. Y dispóngase a partir dentro de dos días.

David se encaminó al depósito, para solicitar el personal de mando de su unidad. Cuando O'Leary supo que abandonaba el almacén, pegó dos

brincos y le gritó al cabo que debía substituirle:

—Quédate con el almacén. Es todo tuyo.

* * *

Norma contempló al joven, sonriendo.

—Creí que habías olvidado el camino de esta casa. Y me alegro de que por fin hayas venido. Mi unidad sale de Manila.

La noticia del desembarco japonés se había extendido por todo el archipiélago y se disponían todos a cumplir con su obligación. Entre el elemento civil no había inquietud ni temor. Tan solo un gran nerviosismo.

—Yo también salgo mañana —dijo el joven—. Me han dado el mando de una compañía.

Norma quedó un instante silenciosa y luego abatió los ojos.

—Eso es lo que querías, ¿verdad?

—Sí, he venido a despedirme tan solo. Me queda mucho trabajo y debo marchar ahora mismo al cuartel. Hay muchas cosas que hacer todavía.

Norma alzó la vista hacia él. Sus labios temblaban ligeramente.

—Buena suerte, David. Escríbeme.

De súbito, le echó los brazos al cuello y le besó en las mejillas. Por un momento, el joven la tuvo estrechada contra su corazón. Pudo darse cuenta de que tenía los ojos húmedos. Pero enseguida ella reaccionó, sonriendo.

—Yo también tengo que irme, aunque no estaré en primera línea como vosotros. Buena suerte, adiós. No, hasta pronto.

David creyó haber descubierto algo en ella, pero se contuvo. Ni siquiera sabía qué iba a resultar de su actuación en el frente.

* * *

La columna, en los coches militares, iba avanzando por la carretera. Las noticias no eran agradables puesto que se sabía que los japoneses habían podido establecerse en la isla y seguir adelante. Las oleadas de aparatos batían los puntos más importantes de los caminos, para impedir el avance de tropas.

Mientras ellos iban avanzando, se oía a lo lejos el tronar de la artillería. Los camiones se cruzaban con caravanas de hombres y de mujeres que, cargados con sus propiedades personales, se retiraban de la línea de frente.

O'Leary, que como primer sargento marchaba en el mismo camión que el joven, exclamó:

—Capitán, esto no me gusta nada.

Pinkerton asintió a su vez. Desde luego, presentaba mal aspecto. Si la población civil se retiraba era que las cosas iban mal en el frente.

De pronto, apareció un pelotón de soldados, con las armas montadas. El

jefe del grupo alzó la mano, indicando a la columna que se detuviera.

—¿Qué sucede, sargento? —preguntó Pinkerton, que iba en vanguardia.

El suboficial explicó:

—Ha habido dos o tres desastres en la línea y ha hecho falta refundir unidades. Además, hay desertores que se dedican al saqueo. Pero sobre todo es preciso reorganizar el frente.

O'Leary lanzó un silbido. David comprendió que la situación era muy mala.

—Bien, ¿quiere conocer nuestras órdenes? —El suboficial asintió—. No podemos ser desertores.

—No, señor, perdone. Pero tengo órdenes precisas de que todo el mundo se encamine al mismo sitio. Allí están intentando poner en orden la situación.

A una seña del capitán, un enlace acompañó al sargento a ver al jefe del batallón. O'Leary sonrió, diciendo:

—Parece que esto se pone feo. Veremos a ver qué pasa.

Poco después, corregidas las órdenes, la columna se puso en marcha nuevamente. Conforme se acercaban al lugar señalado, fueron descubriendo mayor número de soldados y de fugitivos. El cañoneo era más fuerte y la artillería machacaba las posiciones de los americanos.

Había un gran número de heridos, mezclándose los yanquis con los voluntarios de los batallones de exploradores.

Un coronel recibió al jefe del nuevo batallón, el Mayor Randolph.

—Me alegra que hayan llegado a tiempo, Mayor —le dijo—. Necesitamos aquí todas las reservas.

Randolph le contempló con estupor.

—¿Tan mala es la situación?

El coronel sonrió, tristemente.

—Los japoneses han desembarcado en varios puntos del archipiélago y por todas partes avanzan. Nosotros intentamos defender Luzón, para que se salve Manila mientras sea posible. Sabemos que tarde o temprano caerá, pero cuanto más dure la resistencia más pronto podrán nuestras fuerzas rehacerse y devolver el golpe —hizo una pausa y añadió el coronel—: ¿Comprende por qué todos y cada uno de nosotros hemos de resistir pegados al terreno, sin permitir un solo paso al enemigo?

Randolph asintió. Una vez le hubieron indicado el sector en el que debía colocar sus fuerzas, salió del puesto de mando.

Pinkerton y los demás oficiales se enteraron de las noticias y comprendieron lo mucho que de ellos se esperaba y lo poco que tenían para realizar la misión que les habían encomendado.

V LÍNEA ROTA

El día siguiente amaneció con un sol esplendoroso, pero los rayos que iluminaban la selva filipina no podían descubrir a los campesinos dedicados a sus pacíficas tareas. En cambio, distinguieron a dos ejércitos enemigos, colocados unos ante los otros, de modo que en breve deberían chocar. Los dos adversarios esperaban en silencio, tendidos en sus posiciones.

A David le había sido encomendada la defensa de un extremo del frente, sobre una carretera, por donde las unidades motorizadas podrían avanzar mucho más deprisa. Asimismo, era aquella carretera el único camino que tenían los americanos para recibir los refuerzos que desesperadamente pedían a Manila.

David no había dormido en toda la noche. Paseó incesantemente por las posiciones, hablando con sus subordinados y animándoles todo lo que pudo. O'Leary iba a su lado, como primer sargento. El joven ocultaba sus sensaciones. En breve se enfrentaría con la muerte. Dentro de poco conduciría a sus hombres al combate y pronto debería soportar el espectáculo de los hombres barridos por la metralla. ¿Le responderían los nervios? El Mayor Randolph parecía sereno y era también su primera batalla. Tan solo el capitán de la Compañía B, un veterano de China, sabía lo que era un combate.

Se decía que aquellos hombres estaban a sus órdenes y debían confiar en él para no ser destrozados. Se preguntó si no sería un error haber seguido la carrera militar, pero ya era tarde para pensarlo.

De súbito, con los primeros rayos de sol, los japoneses iniciaron un nutrido fuego de artillería. La tierra parecía desgajarse en dos mitades ante el estruendo de los cañones.

Una y otra vez, los proyectiles caían sobre las posiciones americanas, esparciendo las afiladas cuchillas de acero que herían a todo el que se encontraba a su paso. David se situó entre sus hombres, acompañado de O'Leary, y dirigió las defensas.

Casi al mismo tiempo que los cañones, los morteros de campaña y las ametralladoras abrieron fuego sobre los yanquis. Entonces, la aviación apareció en el cielo, dejando un reguero de bombas y ametrallando las posiciones.

Entonces, el ejército japonés se lanzó al ataque. Se les veía avanzar con sus cuerpos inclinados sobre los fusiles, lanzando granadas de mano.

David les contempló. Sentía todo el cuerpo en tensión. El estallido de

las bombas y el rugir de la artillería, así como la incursión de los aviones le había alterado los nervios. Vio al enemigo que avanzaba. Hasta entonces, la muerte cayó por encima de sus tropas, como una lluvia destructora. Pero en aquel momento, el enemigo avanzaba, para atacarle, en su busca. Ya no sería aquel infierno de estampidos y de metralla lo que debería soportar. Había hombres contra quienes lucharía y que a su vez intentarían matarle.

Se volvió hacia sus hombres, animándoles.

—Vamos, muchachos. A los japoneses también les matan las balas. ¡Fuego sobre ellos!

O'Leary, que acariciaba la pistola que lucía al cinto, exclamó en voz baja:

—Eso es, capitán. Hay que gastar algunas bromas.

Sus tropas, tendidas en las posiciones, comenzaron a disparar. El enemigo seguía avanzando, pero a lo largo del frente americano se habían extendido las descargas de los soldados yanquis. Estos batían al adversario, que seguía avanzando hacia ellos.

David se mantenía en su puesto, con los nudillos blancos, en los cerrados puños. Había llegado el momento. Oía las descargas que caían sobre ellos, destrozando los tímpanos. Por su parte, los soldados de la posición seguían haciendo fuego. Los fusiles automáticos formaban un fuego cerrado ante los asaltantes; pero estos no dejaban de seguir atacando. Cada vez les veían más cerca, silenciosos y con las manos cerradas sobre los fusiles.

De pronto sonó el teléfono de campaña, y David lo aceptó del enlace, que le decía:

—Es el puesto de mando.

—Aquí Pinkerton. Diga.

—Soy el Mayor Randolph. ¿Cómo va eso?

—Hemos establecido una barrera ante el adversario, pero sigue avanzando.

—Manténgase. Esa carretera es la más importante para nosotros. Los refuerzos llegarán pronto, según nos han anunciado. Y es muy importante que resistamos.

—Lo sé, señor.

—Pinkerton —añadió Randolph—, le hemos dado ese sector por juzgarle el más capacitado.

David colgó, sin comprender lo que quería decir el Mayor. Era absurdo que esto sucediera. ¿Por qué le consideraban el más capacitado?

O'Leary cortó sus reflexiones, diciendo:

—Mire, capitán, pretenden cercarnos y se dividen en dos frentes.

El joven les vio avanzar, en efecto, formando dos columnas. Era preciso impedirlo, puesto que carecía de fuerzas para detener a aquellas dos

formaciones enemigas, que atacaban simultáneamente.

Era preciso conseguir que se detuvieran, pero no encontraba el modo. De súbito, advirtió el puente que se extendía sobre un amplio torrente, que corría entre dos paredes cortadas a pico.

De no existir, sería fácil detenerlos el tiempo justo para poder batir a la otra formación.

—Hemos de destruir el puente —dijo—. Es una lástima y un error imperdonable que no lo hicieran antes y nosotros ocupamos la línea por la noche. Ni siquiera vimos que existía.

O'Leary sonrió.

—Déjemelo a mí, capitán. También he sido minero.

Pinkerton se volvió hacia el primer teniente y ordenó:

—Tome usted el mando. Iré con O'Leary y dos más a volar el puente.

Dos soldados, uno de ellos extremadamente alto y el otro muy pequeño, se adelantaron, sonriendo.

—¿Podemos ir nosotros?

—Bueno.

O'Leary tomó los explosivos necesarios, entregándoselos a los soldados. David cargó con un fusil ametrallador y los cuatro salieron de la improvisada trinchera encaminándose hacia el puente. Reptando por entre los desniveles del terreno, expuestos a recibir un balazo o una esquirla de metralla, los cuatro hombres se acercaron al torrente.

Por fin se detuvieron, plantando el fusil ametrallador. O'Leary dijo:

—Yo me encargaré de esto. Sé manejar los explosivos.

David le detuvo.

—Iremos los dos. Vosotros quedaros aquí.

Siguieron hacia el puente, mientras los dos soldados, junto al fusil ametrallador, le seguían con la vista.

—Parece un tipo decidido, Mac.

—Lo es, Buddy.

David y el sargento llegaron junto al puente. Los japoneses, merced a los desniveles del terreno, podían descubrirles de un momento a otro y barrerles con sus ametralladoras. También era fácil que un descuido hiciera estallar los explosivos.

O'Leary parecía muy acostumbrado a manejarlos y avanzaba con ellos sin preocuparse lo más mínimo de la carga que transportaba. David le siguió, sin permitir que pudiera imaginar que le atemorizaba su misión.

El sargento los colocó bajo el puente y luego conectó las mechas. Por último, encendió un cigarrillo y dio dos chupadas, lanzando el humo hacia el cielo. Sonrió, al tiempo que añadía:

—Esto calma los nervios.

Le sorprendió al capitán que aquel descarado irlandés pudiera tener nervios, pero esperó pacientemente. Luego, el sargento acercó el cigarro a

la mecha. Esta prendió y la llama comenzó a avanzar hacia la carga explosiva, a una velocidad que parecía superior a la rapidez con ellos podían retirarse.

O'Leary se puso en pie y advirtió:

—Vámonos.

Ambos, agazapados, echaron a correr hacia el lugar donde Mac y Budy les esperaban con el fusil ametrallador y luego todos emprendieron el regreso hacia la posición. Una vez allí, permanecieron un instante en espera y de pronto el puente voló con una detonación ensordecedora.

Entre los soldados hubo un vítor entusiasta, mientras agitaban los cascos y los fusiles en el aire. El teléfono volvió a sonar. Randolph quería saber qué era lo que estaba sucediendo. David lo explicó.

—Es una buena idea, capitán. Le felicito.

—El sargento O'Leary fue quien colocó las cargas, señor.

—Aguante, Pinkerton —agregó el Mayor—. Nos están atacando de firme. En los lugares donde se ha establecido contacto, el enemigo descarga toda su fuerza.

David asintió, colgando el teléfono de campaña.

VI RETIRADA

El ataque japonés llegó a la posición con toda su fuerza. Los nipones se lanzaron a la carga, inclinados sobre los fusiles, lanzando granadas y chillando con furor. Los que manejaban armas automáticas disparaban sin cesar sobre el enemigo, lanzando granadas de mano.

David se sentía inmovilizado. Incapaz de moverse, cerrada la mano sobre la pistola, les veía asaltar las posiciones, sin saber qué hacer.

Los tenientes y los sargentos animaban a la tropa, dando ejemplo en el modo de rechazar al enemigo.

Pero este se mantenía firme en su empeño de conquistar la posición.

David se decía que era preciso que ocupara su puesto al frente de sus hombres. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo y avanzó hacia las improvisadas trincheras, gritando:

—Vamos, hay que detenerles. ¿Quién es capaz de resistir el golpe de un Marine?

Los soldados se volvieron hacia él, con una expresión ansiosa en el semblante. Para luchar, los soldados necesitaban la presencia de un jefe, junto al que se sentían más seguros. Esta era la causa por la que un buen oficial conseguía más de los soldados que un oficial poco capacitado.

David quería demostrarse que aquel momentáneo titubeo no era la prueba de su miedo. Se colocó pistola en mano en el lugar de más peligro, contemplando al adversario.

—Calad las bayonetas. Que vean los japoneses que no las tenemos para lucirlas en los desfiles.

O'Leary no pudo contenerse:

—Así se habla, jefe.

Por dos veces el enemigo fue rechazado. A cada intento de saltar sobre las posiciones, una barrera de plomo y acero le impedía el paso. Caían los adversarios alcanzados por los proyectiles y por los aceros de los defensores de la posición. Pero también caían soldados americanos.

Los heridos debían retirarse de las posiciones para curarse y los menos graves volvían a empuñar las armas. Los muertos eran retirados de allí, para evitar que el hedor enrareciese demasiado el ambiente.

David seguía animando a sus hombres. Era inútil que rechazaran a los japoneses. Estos volvían de nuevo al ataque, decididos a conquistar la posición enemiga y con nuevas fuerzas.

Al anochecer, el ataque japonés pareció debilitarse. Pinkerton advirtió a los hombres:

—De cada dos, uno debe dormir y el otro vigilará. Estoy seguro de que van a intentar capturar la posición de noche.

Uno de los tenientes exclamó:

—No van a poderlo soportar.

David mostró los cadáveres, añadiendo:

—Ellos ya no soportan nada.

Nadie se atrevió a contradecirle, pero aquella noche hubo murmullos en las trincheras. Los soldados se quejaban en voz baja, cansados por el combate y por la tensión.

—Pero él dormirá toda la noche —decían—. No será él quien caiga de sueño.

De pronto le vieron pasar, con el casco en la mano, secándose el sudor y con la pistola al cinto. Le siguieron un instante con la mirada, viendo cómo se perdía en las sombras, siempre seguido por O'Leary.

Mac sonrió, estirando su largo corpachón.

—No es esa la dirección de su chabola.

Buddy se descargó una palmada en el muslo.

—Me parece que no os habéis dado cuenta de que tenemos un oficial que no exige nada que él no pueda hacer. ¡Todo un oficial!

Los soldados nada respondieron, pero al poco rato le vieron avanzar de nuevo, examinando la tierra de nadie. De pronto, se volvió hacia O'Leary, diciendo:

—Acuéstese, sargento.

Este parpadeó con asombro.

—¿Y usted, mi capitán?

—No replique. Váyase a acostar. Es una orden. A media noche releve a uno de los oficiales.

El irlandés comprendió que era preferible obedecer y evitarse disgustos. Estaba tan fatigado, a causa de la tensión, que apenas se tendió sobre la manta quedó dormido. Le pareció que no había hecho más que cerrar los ojos, cuando le zarandearon bruscamente. Se puso en pie de un brinco, viendo ante sí a uno de los oficiales. Tomó la pistola, saliendo a ocupar su puesto. El capitán pasó a lo largo de las posiciones, en silencio, observando la oscuridad.

Mac decía en aquel momento:

—¡Qué aguante tiene! Nadie más que él sería capaz de sostenerse —al ver a Sean, añadió—: No se ha acostado aún.

Apenas acababa de decir esto, cuando el capitán se acercó, advirtiéndolo:

—Despertad a los demás. Vienen los japoneses.

Corrieron todos a ocupar sus puestos. Medio adormilados, enfilaron las ametralladoras y los fusiles hacia el lugar por donde el enemigo avanzaba, sin verle aún. De pronto, el capitán lanzó al aire una bengala. La luz iluminó la tierra de nadie, descubriendo a los japoneses tendidos en el

suelo. Al instante, funcionaron los fusiles ametralladores y las granadas de mano. Los rifles tabletearon, desbaratando la estratagema enemiga.

A lo largo de las posiciones americanas, siguió escuchándose el estruendo de la lucha. De pronto, sonó el teléfono de campaña y David se puso en comunicación con el Mayor Randolph.

—¿Cómo va eso, Pinkerton? ¿Les mantienen a raya?

—Sí, señor, conseguimos descubrirles a tiempo. Les hemos desbaratado la sorpresa.

—Sosténgase como pueda. En algunas posiciones están flaqueando. Recuerde que por la carretera han de venir los refuerzos.

David dudaba de que así fuera. Al fin y al cabo, había pasado suficiente tiempo para que llegaran.

El combate perdía intensidad en el sector de Pinkerton, pero se advertía que en otros lugares arreciaba la lucha, prueba bien clara de que el enemigo conseguía mucho más de lo que convenía a los americanos.

Las horas siguieron pasando, en las posiciones, lentas y tensas.

Cuando en el horizonte se anunciaba la luz de la aurora, distinguieron de nuevo al enemigo que avanzaba, precedido de los diminutos tanques con los que los japoneses luchaban en la selva. David se dijo que si no podía contar con la protección de cañones anticarros nada conseguirían. Comunicó con el puesto de mando:

—Avanzan con tanques. No podremos detenerlos, a menos que nos envíen...

La voz del Mayor le interrumpió:

—No puedo mandarle nada, Pinkerton. La situación es muy grave. Sosténgase como pueda. Los japoneses han conquistado dos o tres posiciones. Es preciso recuperar lo perdido.

David colgó el aparato y miró hacia el enemigo. Se daba cuenta de que sus hombres esperaban ayuda del puesto de mando o, por lo menos, alguna solución presentada por el oficial.

Debía hacer algo. No era posible mantenerse con los brazos cruzados. Si fuera posible inutilizarlos con explosivos... Pero debería exponer demasiados hombres y no podía hacerlo en conciencia.

De nuevo sonó el teléfono de campaña y Randolph le ordenó:

—Repléguese, Pinkerton. Vaya abriendo la carretera y volando todo lo que pueda impedir el paso del adversario.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendido David.

—Los japoneses han roto el frente. Era la suya la única unidad que resistía bien. Reúnase con nosotros en el punto B. 512.

—A la orden, señor.

Al colgar el teléfono, el joven contempló la trinchera con cierta tristeza. Inexplicablemente, le dolía tener que abandonarla.

Reunió a los oficiales, informándoles de lo que ocurría. Luego, buscó en

el mapa de campaña la cota indicada por el mayor.

—Es preciso que nos retiremos en buen orden, protegiendo siempre los flancos y la retaguardia. Minaremos esta posición, para que reciban nuestro regalo al menos. Una patrulla, al mando del sargento O'Leary, irá en vanguardia, volando todos los puentes que encontremos. Salgan ya.

Mientras el grupo que a sus órdenes iba a cubrir la retaguardia se apostaba en los parapetos, otra sección minaba la trinchera, con explosivos y granadas de mano, de modo que los mismos japoneses la volaran cuando entrasen en la posición.

Luego, fueron abandonando la trinchera según les indicaban. A lo largo del camino, ocultándose entre la maleza y los desniveles del terreno, avanzaban los soldados con sus jefes. Por fin, no quedaron en la trinchera más que David, Mac y Buddy.

Pinkerton se volvió hacia los dos soldados.

—Marchaos.

Ambos sonrieron, sin moverse.

—¿Es que no me oís?

—Hasta que usted no lo haga, no nos iremos. No vamos a dejarle solo, capitán.

—Sí, y no puede meternos en un calabozo por desobedecerle. Peor que aquí no vamos a estar en ningún sitio.

Pinkerton nada respondió. En el fondo, aquella lealtad de sus hombres le emocionaba.

—Está bien. Vámonos.

—Un momento —dijo Buddy, echándose el fusil a la cara. Hizo fuego, derribando a un japonés, y añadió—: Ese no se me escapaba. Estaba presumiendo mucho.

Los tres echaron a correr, hacia el grueso de la columna. Los gritos de los japoneses llegaban a sus oídos. Mac exclamó entre dientes:

—Chillad, chillad. Pronto tendréis recuerdos nuestros.

Una detonación estruendosa retumbó a sus oídos, como eco a las palabras del soldado. Se volvieron, para ver una nube de polvo donde antes estuvo la trinchera.

VII

SIGUE LA RETIRADA

David apresuró el paso, reuniéndose con el grueso de la compañía. El teniente Finch, su segundo, la había desplegado de modo que fuera imposible sorprenderles.

Siguieron adelante. De pronto, llegó un enlace de O'Leary, advirtiéndole que se iba a volar un puente. Siguieron avanzando, hasta oír la detonación. Con seguridad, se dijo el joven, a los japoneses debería intrigarles aquella explosión. La compañía cruzó el torrente, por un estrecho camino, y siguieron adelante.

No se veían señales de las otras fuerzas. Se preguntaba el joven dónde podrían hallarse en aquellos momentos.

De pronto, un nuevo enlace avanzó a todo correr hacia el capitán, informando:

—Hemos encontrado un campamento japonés.

David repitió, sorprendido:

—¿Un campamento japonés?

—Sí, el sargento me envía.

Avanzaron a toda prisa, mientras David iba sintiendo cómo el miedo se iba apoderando de su voluntad. Era una sensación extraña, una sensación de vacío en el estómago, de debilidad en las piernas, que le paralizaba la voluntad. Iba a enfrentarse con el enemigo, infiltrado por la retaguardia. De ser cierto, querría decir que habían sido completamente derrotados y que se hallaban cercados por el adversario.

Llegaron por fin al lugar donde se encontraba el sargento. Dos soldados sujetaban a un japonés, que les miraba con sus astutos y oblicuos ojos. O'Leary sonrió.

—Le he capturado. Creo que sabremos cosas importantes, capitán.

—¿Habla inglés?

—No —respondió Sean—, pero yo me defiende con el japonés. ¿Qué le pregunto?

—Cómo han llegado hasta aquí, cuántos son y a dónde van.

O'Leary se acercó al cautivo hablándole en su lengua, incomprensible para todos los que se encontraban allí. Luego, el irlandés se volvió hacia el capitán, añadiendo:

—Dice que rompieron el frente y que llegaron hasta aquí, según las órdenes que tenían. Van a Manila. No quiere decir cuántos son.

David quedó un instante silencioso. Estaban rodeados. Veía con claridad la situación. El enemigo había cerrado todos los caminos y

conquistado todos los puntos de defensa, pero era preciso seguir adelante.

—Vamos, y que se venga ese con nosotros. Ya nos libraremos de él más adelante.

Avanzaron en pos del oficial, hasta encontrarse lejos en la selva. Allí ataron al japonés a un árbol, confiando en que sus compañeros tardarían en salvarle.

Continuaron adelante, hasta que descubrieron un poblado. Era preciso asegurarse de quién lo había ocupado con anterioridad. Era posible caer prisionero del enemigo, podían torturarlo para que hablase. Se puso en pie, volviéndose hacia O'Leary.

—Vamos a examinar el pueblo, sargento. Que vengan...

Mac y Buddy dieron un paso al frente, sonriendo. El capitán se volvió entonces hacia el teniente.

—Finch, tome el mando.

Luego, avanzaron los cuatro hacia el poblado. Las chozas de palma y los edificios de mampostería aparecían solitarios, aunque de vez en cuando se viera a algún campesino que cruzaba apresuradamente la solitaria calle.

—Esto no me gusta —dijo Mac, a espaldas del capitán.

Siguieron adelante, hasta llegar al límite de los edificios. Luego, se detuvieron, esperando de nuevo. De improviso, salió de entre los edificios un hombre con el uniforme militar americano.

Los cuatro se pusieron en pie, saludando con la mano y gritando:

—Somos amigos. No disparéis.

El soldado se volvió a mirarlos, con sorpresa, y luego sonrió.

—¡Vaya susto, muchachos!

Pinkerton, después de enviar a Buddy a avisar al resto de la compañía, avanzó al encuentro del desconocido, preguntando:

—¿Quiénes estáis aquí?

—Un taller de reparaciones y varios coches. Estamos abandonados, pero tenemos comida.

Seguían adelante, cuando de pronto el joven distinguió una figura esbelta, con el uniforme de las fuerzas de transporte femeninas.

—¡Norma! ¿Qué haces aquí?

La muchacha, al reconocerle, le dio la mano, acercándose al joven.

—¿Y vosotros? Yo vine a esperar órdenes y aún no sé nada.

Pinkerton apretó los labios.

—Estamos en retirada. Los japoneses han roto el frente y se han extendido por la selva. No sabemos si está libre el camino de Manila.

Norma le acompañó al puesto de mando, mientras Sean y Mac sonreían y hacían guiños a dos muchachas indígenas. El jefe del taller era un capitán del cuerpo especialista, que nada sabía de lo que estaba sucediendo. Le habían abandonado allí, como si se hubiesen olvidado de su existencia. Pero tenía una radio, con la que intentaba localizar alguna

noticia. El teléfono había dejado de funcionar hacía dos días.

De pronto, el aparato captó la voz de la locutora de Radio Manila, bien conocida de todos, que anunciaba:

—Vamos a leer a continuación un mensaje del general Willoghby — hizo una pausa y añadió—: «En vista de la imposibilidad de continuar la lucha y para evitar todo derramamiento inútil de sangre, ordeno a todas las fuerzas de este archipiélago que cesen en su resistencia y entreguen las armas a los jefes de las fuerzas japonesas. Firmado: Willoughby, mayor general de los Estados Unidos».

Se miraron con estupor el capitán Johnston, Norma y Pinkerton. ¿Era aquello posible? ¿Se podía concebir que la lucha cesase ante el ataque japonés? ¿Qué era lo que había sucedido?^{3} Luego, la emisora anunció, por orden del jefe de las fuerzas japonesas de ocupación en Manila, una serie de disposiciones. Entonces, el enemigo había ya conquistado la capital. ¿Podía esto concebirse? ¿Era lógico suponer que en pocos días se hubiera hundido todo el edificio militar americano en las Filipinas?

Johnson se encogió de hombros.

—Bien, enviaré un mensaje al oficial japonés más cercano para rendirme.

David no pudo contenerse.

—Espere. En Australia o en Nueva Zelanda, incluso en cualquiera de las islas del Pacífico, quedan aún fuerzas aliadas. Debemos unirnos a ellas. Mientras quede una posibilidad, debemos procurar que continúe la lucha.

Johnson se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, no haremos más que cumplir las órdenes recibidas.

Esto era cierto y el joven comprendía que era lo más acertado. El intento de cruzar la distancia que les separaba de la costa y adquirir allí una embarcación que les llevara a Australia, burlando la flota japonesa era más que una locura. Pero la tensión había sido muy grande durante aquellos días y no podía dejarse arrastrar por la comodidad. Lo difícil era lo único que le demostraría que él no tenía miedo o, por lo menos, sabía aguantárselo.

Llegaba entonces su compañía y reunióla en el pueblo, junto con los miembros de los talleres. Johnson les comunicó la noticia y su propósito de rendirse. Era viejo y su profesión le había convertido en militar circunstancialmente.

Entonces, avanzó Pinkerton:

—Yo pido cinco días al capitán Johnson. Voy a dirigirme a la costa e intentar embarcarme para Australia, donde sigue la guerra. Los que quieran venir conmigo han de estar dispuestos a seguirme.

Hubo un breve silencio y entonces gritó Norma:

—¿Qué estáis esperando? Yo sigo al capitán Pinkerton.

Mac se colocó junto al oficial, encarando a la tropa con el fusil

ametrallador. O'Leary y el teniente Finch gritaron:

—También le seguimos.

De pronto, Buddy exclamó, alzando su fusil:

—¡Con el capitán Pinkerton hasta el infierno!

Los demás le imitaron, alzando las armas y vitoreando a su jefe. Mac sonrió, al tiempo que bajaba el arma.

—Como alguno llegue a decir que no, me lo cargo.

Johnson les contemplaba con cierta estupefacción y de pronto exclamó:

—Bien, también yo les sigo. Aún podré serles útil.

Al instante, tomaron las medidas para dirigirse hacia la costa. Uno de los tagalos conocía bien el terreno y se avino a guiarles, pero Pinkerton había trazado ya la ruta por el mapa. Destruyeron todo aquello que no podían llevarse y cargaron el resto en camiones. Era preciso viajar lo más deprisa posible, aunque se llamara un tanto la atención. Las cinco muchachas del servicio de transporte fueron acomodadas juntas para viajar con mayor facilidad.

VIII TRAVESÍA

Los camiones se detuvieron, y a una orden de los suboficiales, las tropas saltaron a tierra, alineándose con el equipo a la espalda.

—Vamos a inutilizar esos coches —dijo Pinkerton—, y luego seguiremos hacia el mar, que está al otro lado de la colina. La marcha será dura y debemos asegurarnos de que están ahí los japoneses. Los mecánicos que se encarguen de inutilizar los vehículos. No podemos seguir en ellos. Es preciso avanzar a campo traviesa aunque el enemigo esté en este lugar.

Poco después, la columna se internaba en la selva, con las armas y los equipos a la espalda.

Remontaron la loma, hasta llegar a lo alto. Desde allí, divisaron el mar, que se extendía ante ellos como un lienzo de plata. Norma exclamó en voz baja:

—Siempre lo consideré un camino, pero no imaginé que llegaría a ser el único camino.

David se volvió hacia Sean, ordenando:

—Sargento, diríjase a la playa y asegúrese de que no hay japoneses en las cercanías. Asimismo, necesitamos una embarcación que pueda transportarnos hasta Australia. ¿Hay alguien que sepa navegar?

Buddy advirtió:

—He sido marinero.

Johnson añadió:

—Creo que podré manejar los motores.

—Pues vayan.

Mientras los soldados y el sargento se alejaban hacia la costa, el capitán se tendió entre la hierba junto a la muchacha. El resto de la compañía, desplegados para poder defenderse, esperaban en silencio.

Norma sonrió al joven.

—Ha sido una suerte que pudiéramos marcharnos hacia la costa. Y creo que de no haberte encontrado a ti, nada de esto hubiese sucedido.

David la contempló sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, de no encontrarme contigo, nos habríamos rendido y ahora estaría presa. Ya ves, todo te lo debo. —Le miró un instante, añadiendo—: ¿Por qué no me escribiste?

Él se encogió de hombros.

—Nada más llegar, entramos en fuego. No pude hacerlo —hizo una pausa y añadió—: ¿Qué sabes del Mayor Walsh?

—Hace mucho tiempo que no tengo noticias tuyas. No sé qué habrá sido de él.

David murmuró:

—Lo siento, Norma.

—Sí, era un buen muchacho.

Se dijo que se había equivocado al imaginar que entre ella y el mayor pudiera haber otra cosa que una simple amistad. Ciertamente que Walsh la amaba, pero ella no parecía corresponderle. Sin embargo, ¿podía él insistir en sus pretensiones?

La tensión de la batalla le dominaba, manteniéndole en una continua inquietud. ¿Cuánto tiempo sería capaz de resistirla? Su padre y su abuelo se mostraron igualmente normales hasta que un día no les fue posible soportar por más tiempo la incertidumbre y la fatiga nerviosa, de una batalla, abandonando a sus hombres para refugiarse en algún sitio, lejos del peligro. ¿No haría él lo mismo cuando todos confiaran más en él? ¿Qué sería entonces de Norma?

Miró a su alrededor, contemplando a aquellos hombres. Le seguían ciegamente, seguros de que iba a conducirlos al triunfo. Tenía los nervios agotados y el sueño y la fatiga le vencían. ¿Qué podía hacer?

Finch murmuró:

—Tarda mucho el sargento.

Asintió el capitán, contemplando el poblado. Y, sin embargo, nada se advertía a aquella distancia que indicase que había peligro o que el enemigo les amenazara.

Los centinelas que habían colocado, tampoco distinguían patrullas japonesas. Estos habían procurado capturar los puntos más importantes del archipiélago, pero no podían dominar toda la costa.

Un centinela advirtió:

—Ya vienen.

Mac regresaba a toda prisa, sonriendo y agitando los brazos en el aire.

—Ya lo tenemos —dijo cuando estuvo ante el capitán—. El sargento ha encontrado un buque de pesca, cuyo patrón desea marcharse de aquí y en el que cabremos todos. Y los japoneses ni siquiera se han presentado en el pueblo.

David se volvió hacia Finch:

—Vámonos.

La columna se puso en marcha, encaminándose hacia el poblado. Sentían todos un inmenso júbilo y debían reprimir los deseos de cantar. Estaban junto al mar, que les llevaría hacia Australia, para continuar luchando.

Entraron en el poblado, una mísera aldea de pescadores. O'Leary hablaba con un americano alto y curtido.

—El capitán Pinkerton —informó; luego, señalando al americano, dijo

—: Don Lechdale, patrón del buque que nos llevará a Australia.

—Vamos —ordenó el joven—. Es preciso disponerlo todo y salir cuanto antes. Cada minuto que perdamos puede ser precioso.

Cargaron víveres en el buque pesquero y lo pusieron en marcha. De pronto uno de los centinelas que habían dejado en las afueras del pueblo, regresó a toda prisa.

—¡Los japoneses!... Son unas tres compañías —aclaró.

Pinkerton apretó los labios. No podía dejarse vencer por el desaliento puesto que a veces este era en realidad miedo.

—Pronto, la sección de Finch que me siga. Los demás irán subiendo a bordo. Planten las ametralladoras en cubierta y estén dispuestos a partir cuando yo haga la señal.

Seguido por Finch y O'Leary, se encaminó hacia el lugar señalado por el centinela. En efecto, los japoneses avanzaban tranquilamente para ocupar aquel poblado. Era preciso detenerles y rechazarles para que pudieran marcharse ellos de allí.

El joven desplegó a sus hombres y esperó. La columna enemiga se iba acercando sin temer nada. Segura de que toda la isla se había rendido.

De pronto, David alzó la pistola y disparó sobre uno de los adversarios. El japonés se llevó las manos al pecho y se desplomó.

—¡Premio! —se oyó la voz de O'Leary.

Al instante, la columna de infantería abrió fuego sobre el enemigo, encerrándoles en un cerco de fuego. El jefe de la columna enemiga se volvió, dando sus órdenes con rapidez, para evitar que les aniquilasen.

Se desplegaron, disponiéndose a emprender el ataque, y entonces David ordenó:

—Replegarse a las primeras casas del pueblo.

Los soldados obedecieron con presteza, retirándose a toda prisa hasta las primeras chozas, donde se parapetaron de nuevo.

El enemigo, un tanto sorprendido por aquel inesperado retroceso, les vio alejarse antes de reaccionar. Cuando lo hicieron, siguiendo las órdenes del oficial, los Marines habían ya ocupado sus puestos.

De nuevo vieron avanzar a los japoneses, desplegándose y disponiéndose a conquistar el poblado a la bayoneta. David sabía que al desobedecer la orden de sus superiores se colocaba en plan de francotirador y que podían fusilarles a todos.

Pero no iba a desmoralizarse ante una fuerza superior porque en el último instante surgiesen dificultades. Sus hombres abrieron fuego sobre el enemigo que cargaba sobre ellos, formando una nueva barrera de plomo. El olor de la pólvora quemada les escocía en las gargantas y les humedecía los ojos. Los estampidos se alzaban sobre el griterío de los combatientes, hasta que los japoneses debieron detenerse una vez más. Pero sabían que los soldados iban a replegarse de nuevo y esperaban la ocasión para volver

a la carga.

David aguardó un instante. Desde el buque, las ametralladoras y los morteros les protegían y aquella era la sorpresa que tenía preparada al enemigo.

Sus hombres comenzaron a replegarse bajo el fuego japonés, dirigiéndose hacia el buque. Un Marine cayó herido y David se detuvo, cargándose a la espalda. Luego siguió adelante hacia el navío.

Sus hombres se hallaban ya en el muelle, tendiéndose en el suelo para repeler la agresión. En la cubierta, los servidores de las máquinas y de los morteros se disponían a entrar en acción.

Pinkerton ordenó:

—¡Fuego!

Los Marines tendidos en el muelle accionaron sus armas, lanzando una lluvia de balas sobre el adversario, mientras desde la cubierta del buque comenzaban a tabletear las máquinas y a rugir los morteros.

Los soldados que no habían desembarcado disparaban sin cesar sobre el grupo de japoneses que se habían detenido, ante la barrera de proyectiles que sobre ellos lanzaban los americanos. Las granadas caían entre los orientarles, esparciendo la metralla que iba a golpearles.

Momentáneamente les habían detenido, pero los japoneses se parapetarían detrás de los edificios y desde allí intentarían impedir la marcha.

En cubierta y en las máquinas, los que fueron destinados a servir como tripulación corrían de un lado para otro poniendo en orden la nave para zarpar en cuanto se les ordenara.

David inició la retirada de sus hombres, enviándoles al buque en pequeños grupos que ascendían por la pasarela a toda prisa. Con presteza, los demás se iban acercando a la nave de modo que pudieran escaparse con mayor rapidez.

Los japoneses se habían ocultado detrás de los edificios, disparando desde allí y vaciando sus armas.

Tan solo quedaban en tierra Finch, O'Leary y Pinkerton. Este ordenó al teniente que subiera a bordo y luego hizo una señal al sargento.

Era el momento oportuno para escapar a su vez y así lo hizo. Echó a correr hacia la pasarela, cuando de improviso sintió un golpe en la cabeza y hubo de detenerse. Sabía que le habían alcanzado. Un velo oscuro le iba cubriendo los ojos. Allí concluía todo. Había evitado la cobardía de sus antepasados. Se hablaría de él en caso de que se salvaran sus compañeros, como de un oficial que murió al intentar salvar a su compañía.



De improviso sintió un golpe en la cabeza...

IX NUEVOS RUMBOS

David abrió los ojos con torpeza, sin saber exactamente dónde se encontraba ni qué había sucedido. Los ojos le dolían y la cabeza le pesaba mucho.

Contempló la habitación limpia y ordenada en la que se encontraba, por cuyas ventanas entraba un sol cálido y luminoso.

Se preguntó de una manera torpe cómo había llegado hasta allí.

De súbito, recordó la escena de la fuga en el muelle y el ataque de los japoneses. Instintivamente, se llevó las manos a la cabeza, donde le habían herido.

¿Cómo había llegado hasta aquella habitación limpia y soleada?

¿Estaría prisionero? Era preciso que lo averiguase enseguida, para saber a qué atenerse. Iba a levantarse cuando se abrió la puerta y una enfermera rubia entró, sonriendo al verle despierto.

—¿Se encuentra bien, capitán?

Por lo visto sabían incluso su grado y su condición de militar. Asintió, preguntando a su vez.

—¿Dónde estoy y cuánto tiempo llevo aquí?

—Está en Wellington, Nueva Zelanda. Lleva aquí un mes.

Pinkerton quedó estupefacto ante esa revelación. ¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo sin que se enterase de nada?

Había aún otra pregunta que le interesaba mucho.

—¿Y mis compañeros de travesía?

La enfermera movió la cabeza.

—Yo hace solo una semana que presto servicios en este hospital.

—¿No ha preguntado nadie por mí?

La enfermera asintió. David prestó atención, esperanzado.

—Un sargento y dos Marines vienen de vez en cuando para saber cómo está. Voy a avisar al médico —agregó.

David quedó nuevamente solo. Norma no se había interesado por él. Quizá algo le hubiese sucedido durante la travesía, sin que él pudiera hacer nada para aliviar sus sufrimientos. Por lo menos, aquellos que iban a visitarle, O'Leary, Mac y Buddy, podrían informarle.

Se abrió de nuevo la puerta para dar paso a un médico que lucía el uniforme militar bajo la bata blanca. Le seguía la enfermera tan radiante como si a ella se debiera la curación del capitán.

—Bien, bien, Pinkerton —dijo el médico—, veo que todo va bien por ahora. ¿Cómo se siente usted?

David lo explicó brevemente, mientras el médico asentía.

—Eso no tiene apenas importancia —aseguró—. En las heridas de cabeza, si no interesan ningún órgano vital, se cura uno enseguida. Lo grave es cuando además, como en el caso de usted, se presenta una conmoción. Entonces se cae en el estado letárgico en el que usted ha estado. También esto presenta sus peligros, porque es siempre una posibilidad de que se alteren las facultades mentales del paciente —sonrió, añadiendo—. En el caso de usted, deseche todo miedo. Los síntomas que presenta en la actualidad son los más normales. Ahora, duerma, que le hace mucha falta.

El joven advirtió que, en efecto, se sentía muy fatigado y entornó los ojos sumiéndose en un profundo sueño.

Al despertarse, recordó que no había hecho al médico la pregunta que tanto deseaba. Estaba la habitación ya oscura y no se veía nada, pero advirtió el timbre que permitía llamar a la enfermera.

Esta acudió, abriendo las ventanas y diciendo:

—El doctor le ha autorizado a recibir visitas. Aquí tiene a sus tres amigos.

Sean, Mac y Buddy entraron en la habitación, retorciendo los gorros y sonriendo emocionados.

—¡Vaya, capitán! —dijo Buddy—. No sabe cuánto me alegro que no le cazaran los japoneses.

Mac y Sean le tendieron la mano. El gigantesco Marine le ofreció un cartón de pitillos, añadiendo:

—Teníamos miedo de que las liara, capitán.

David indagó:

—¿Cómo fue la travesía?

O'Leary respondió por todos:

—Muy bien, capitán. Tan solo dos de los heridos murieron. El teniente Finch está en el mismo campamento que nosotros. Siempre pregunta por usted.

—¿Y el patrón del buque?

—¿Lechdale? Se incorporó y presta servicio en un minador. El capitán Johnson está en el parque central de automovilismo. Vendrá a verle en cuanto lo sepa.

David hizo una pausa. Había algo que le interesaba mucho más que todos aquellos datos sobre compañeros de armas.

—¿Y las mujeres que venían a bordo?

—Sin novedad —dijo Sean—. Por cierto que una de ellas, Norma Hawthorne, se encuentra en Auckland, dónde está el puesto de mando del general Mac Arthur.

David parpadeó con estupor.

—¿Mac Arthur?

—Sí, también se salvó de aquel infierno. Habló con nosotros —dijo con orgullo—. Nos felicitó y dijo que deseaba que usted se restableciese pronto.

—¿Norma está con él?

—Sí, capitán. Yo le escribo cada tres o cuatro días para informarle de cómo sigue usted.

Entró nuevamente la enfermera, diciendo:

—Por hoy, ya han tenido bastante conversación. Mañana pueden volver.

Los Marines, después de estrecharle la mano, salieron nuevamente de la habitación y, al llegar a la puerta, Buddy exclamó:

—No había tenido una alegría tan grande desde que a mi padre le conmutaron la pena de muerte.

La enfermera contempló al joven con expresión soñadora.

—Sus hombres le adoran, capitán.

David bajó la vista. No había muerto en aquella ocasión y debía enfrentarse de nuevo con el infierno de la guerra. En su memoria, las escenas vividas adquirirían un aspecto extraño, como de ensueño. Su padre y su abuelo habían resistido también parte de una campaña. ¿Le sostendrían los nervios cuando debiera enfrentarse nuevamente con el peligro?

* * *

La enfermera y el médico entraron en el dormitorio de David sonriendo extrañamente.

—¿Cómo se encuentra, capitán?

—Bien.

—¿Se cree capaz de soportar una emoción fuerte?

Extrañado el joven, asintió. Entonces, añadió el médico:

—Bien, pues que pasen.

Se abrió la puerta para dejar paso a una turba de Marines, encabezados por el teniente Finch y el sargento O'Leary. Todos parecían sonrientes y alegres.

Todos querían estrechar la mano del capitán y repetirle lo contentos que estaban de verle por fin repuesto y a salvo.

Finch agregó, mientras le daba la mano al capitán:

—Pedimos que no nos enviaran otro jefe hasta que usted estuviera a salvo y pudiese volver con nosotros.

David les contempló emocionado. Aquellos hombres creían en él y tenían fe en su modo de mandar. ¿Sería digno de la lealtad que ellos le demostraban?

Permanecieron allí hasta que el médico les echó. Finch le había informado que fue preciso arrestar a Mac porque había pillado una

borrachera fenomenal para celebrar el restablecimiento de su jefe.

Cuando se iban, Sean informó a David:

—Ayer puse un telegrama a *Miss Hawthorne*, informándole de su mejoría.

El capitán sonrió, limitándose a decir:

—Gracias.

X ENCUENTRO

David se sentó en un banco, que sombreaba un copudo árbol. Desde allí, se divisaba el mar y los buques de guerra y mercantes que se hallaban reunidos en el puerto.

Era el primer día que se levantaba, después de su larga estancia en el lecho y le resultaba difícil moverse con entera libertad. Por esta razón se había sentado en aquel banco, desde donde podía contemplar un panorama que le distrajese.

Por el patio paseaban otros soldados convalecientes que se entretenían como podían. Los oficiales se habían mostrado muy amables con él, único americano que había en el hospital.

Pero lo único que deseaba era estar solo. Había muchas cosas en las que debía pensar aunque hubiera preferido no hacerlo.

En breve se reincorporaría al servicio activo. ¿Qué le esperaba allí? De nuevo debería enfrentarse con la muerte. Había oído hablar de combates navales y aéreos. Los Marines volverían a ser empleados y entonces quizá no fuera capaz de dominar sus nervios.

En aquel momento, una voz femenina, que le hizo sobresaltarse, llamó:
—David.

Vio venir a Norma y quiso levantarse, pero ella no se lo permitió.

—¡Querido David —exclamó sentándose a su lado y estrechándole las manos—, no podía creer el telegrama que me envió O’Leary! ¿Cómo te sientes?

El joven sonrió.

—De momento, sorprendido. No te esperaba.

—Me han concedido permiso. Tienen muchas consideraciones con los que hemos podido escapar de Filipinas.

Al oír la palabra escapar, David se estremeció. Era lo único que había hecho: escapar. Quizá su decisión era tan solo debida a que buscaba el modo de salir de aquel infierno.

Ella advirtió algo extraño y preguntó:

—¿Qué te sucede?

Él quiso disimular.

—Me acordaba de los que aún siguen allí.

Enseguida comprendió que había cometido un error. Los Hawthorne debían encontrarse aun en el archipiélago dominado por los japoneses.

—Lo siento —exclamó, al ver que la muchacha palidecía y abatía la vista—. ¿Sabes algo de tus padres?

La joven negó con la cabeza.

—He preguntado a la Cruz Roja Internacional y nada han contestado.

—Debe ser pronto —respondió el joven para consolarla—. Hay muchos que se han quedado en las islas y todo el mundo querrá saber de ellos. —Quiso desviar la conversación y preguntó—. ¿Dónde estás ahora?

—En un parque de transportes en Auckland, en el puesto de mando. No me puedo quejar. Me tratan bien, somos todos americanos y las que huimos de Filipinas estamos juntas. Pero resulta un poco triste no tener parientes ni amigos verdaderos.

David quedó silencioso. Era el momento en que sus sentimientos salían a flor de piel, aunque él no lo deseara. Asimismo, comprendía que ella le ofrecía la oportunidad de hablarle. Pero se contuvo, a pesar de que sentía un impulso casi incontenible de decirla cuanto la quería y de estrecharla contra su corazón.

Hizo una pausa, dominándose y añadió:

—¿Pero en Auckland no está el Estado Mayor de Mac Arthur?

—Sí.

—¿No conoces a nadie entre los que lo forman? Tenías muchas amistades en Filipinas y alguno de ellos habrá podido reunirse con el general.

La muchacha asintió.

—Bill Walsh fue evacuado herido hacia Mindanao y de allí hacia Australia. Ahora está de oficial instructor en el campamento.

Pinkerton debió hacer un esfuerzo para no confesarle todo a la muchacha. Pero tuvo fuerza de voluntad y calló. Walsh acabaría por enamorarla y podrían ser felices sin la eterna amenaza de verse tildado de cobarde.

Se dio cuenta de que Norma le contemplaba extrañada y un tanto decepcionada.

* * *

La enfermera entró en el dormitorio del joven, con la bandeja del desayuno y un periódico, el «Wellington Times», que le ofreció.

—¿Cómo se encuentra, capitán?

—Muy bien; gracias. No siento tanta debilidad ni me encuentro cansado.

El joven tomó el desayuno y luego comenzó a hojear el periódico. Le interesaban sobre todo las noticias de la guerra. La situación no era muy favorable para los aliados. Tanto en Asia como en Europa, el enemigo obtenía más rápidos triunfos. Tan solo destacaba el relato de un combate en unas islas donde unos Marines al mando del Mayor Habitsch habían logrado resistir tres días y volar todas las instalaciones antes de replegarse. Asimismo; el Mayor consiguió causar muchas bajas al enemigo. Había sido

ascendido a teniente coronel y recibido la D. S. O.⁽⁴⁾.

Se veía un retrato del oficial, joven aún y de facciones enérgicas y simpáticas. Se quedó mirando su imagen, preguntándose de qué estarían hechos aquellos hombres. ¿Es que no experimentaban la sensación del peligro? O simplemente, ¿era que no llevaban en las venas sangre de cobarde?

Ahora, debería reincorporarse y marchar de nuevo al frente. ¿Sería capaz de sostenerse igual que hasta entonces o se desmoronaría ante el enemigo, incapaz de soportar por más tiempo la tensión?

Recordaba con horror las escenas de la retirada y del ataque de los japoneses. Le parecían un infierno que no sería capaz de soportar. Además, tenía miedo. Miedo de sí mismo.

Por esta causa, era preferible no hablar con Norma, aunque toda su alma llorase de amargura ante la idea de perderla.

* * *

Se encontraban ante la ventana, leyendo un libro. Shelley seguía despertando en él la misma inquietud que cuando era un simple estudiante. Así conseguía alejarse de aquel mundo monótono y violento.

La enfermera abrió la puerta, exclamando:

—Tiene una importante visita, capitán.

Un hombre joven, con el uniforme de los Marines y los emblemas de teniente coronel entró en la habitación.

David se puso en pie, cuadrándose. Casi enseguida le reconoció. Aquel militar rubio y gigantesco era Habitsch. Este hizo un ademán, para impedirle que se moviera y agregó en tono amable, pero decidido:

—Suprima los cumplidos, Pinkerton. Esta es una visita particular.

Habitsch se sentó, ofreciendo un cigarrillo al joven.

—He visto —dijo sin preámbulos— que está usted bien. La ficha médica le considera apto para todo servicio, sin restricciones de ninguna clase. Yo soy...

—Le he reconocido, señor.

El teniente coronel sonrió.

—¡Ah, sí, la Prensa! Me ha sucedido ya un par de veces. Es molesto —hizo una pausa y tomó el libro que leía el capitán—. Poesía. No es mi fuerte. Yo prefiero la música. Pero cada uno con sus gustos.

Todo en sus gestos y en sus ademanes revelaba al hombre de guerra, al luchador nato. Desde su perfil agresivo hasta sus vivaces ojos grises.

—¿Qué tal se siente usted de fuerzas?

—Mejor, coronel.

—Eso me conviene. Creo que dentro de otro mes estará usted en disposición de entrar nuevamente en fuego.

El joven asintió, con un estremecimiento. Era esto lo que más le

intrigaba. La incógnita de su nueva lucha.

Habitsch continuó:

—Estamos creando un cuerpo especial, parecido a los comandos ingleses. ¿Está usted familiarizado con ellos?

—Conozco su existencia y algunas de sus hazañas, pero no he estudiado a fondo su organización. Sin embargo, a los británicos les han prestado maravillosos servicios. El alto mando me ha encargado la organización del primer grupo —hizo una pausa y añadió—. La idea básica de los comandos, como la de los cazadores paracaidistas alemanes, es la de que el hombre sigue siendo lo más importante en la guerra. Darle los medios y las posibilidades de vencer es misión de la técnica. Gracias a esta técnica, podemos asimismo realizar incursiones, como se hacían en otras épocas; por ejemplo, el ataque a Argel de nuestra flota. Algo parecido a lo que hizo Jeb Stuart durante la guerra civil. Para lograrlo, es preciso tener un excelente cuerpo de oficiales. Yo creo, como Napoleón, que no hay buenos y malos soldados; solamente buenos y malos oficiales. Si aquí se exige mucho a la tropa, imagine lo que se pedirá al oficial. Por esta razón Le pongo como condición principal que se me permita elegir los mandos. Y vengo a proponerle que ingrese en mi grupo.

Pinkerton quedó tan sorprendido que casi no supo que responder. Luego agregó:

—¿Cree usted que yo podría serle útil?

—Sí, Pinkerton; lo creo sinceramente. Pero quiero que recuerde que no le coacciono. Esta visita es enteramente particular. Si por la razón que sea, usted no acepta, aquí no ha pasado nada.

David contempló al hombre que tenía ante sí. Iba a proponerle el puesto más peligroso, pero también el más eficaz de la guerra. Tan solo hombres con los nervios muy templados, hombres capaces de mirar cara a cara el peligro podían formar parte de aquel grupo. ¿Sería él capaz de pertenecer a aquella unidad?

Se estremeció. Aquellas dudas, debían ser producto de la sangre cobarde que corría por sus venas.

Apretó los puños, con decisión.

—Acepto.

El teniente coronel sonrió.

—Sabía que no me equivocaba. Es usted el primer oficial al que he visitado. Y ahora, ¿puede recomendarme algún suboficial o soldado de los que tenía a sus órdenes en Filipinas?

—Sí, a tres.

XI DE NUEVO EN FILAS

David descendió del coche, saludando al chofer que le había conducido hasta allí.

—Gracias, muchacha.

Ella sonrió.

—Por un corazón escarlata, lo hacemos todo^{5}.

Siguió adelante hacia el campamento que se veía a lo lejos. Se encontraba restablecido por completo y no sentía la menor molestia. En breve, se encontraría enfrentándose con el enemigo y a punto de combatir. Apretó los puños. No quería dejarse vencer por la tensión, ni tampoco por las obsesiones. Debía vencer.

Se acercó al puesto de guardia, mostrando el pase al centinela. Este, un miembro de la policía militar, pues los comandos no prestan servicios mecánicos ni de guardia, le dejó pasar.

Se presentó en el puesto de mando, para incorporarse. El Mayor Walsh, sentado tras una mesa, le contempló con poca simpatía.

—¡Hola, Pinkerton —dijo—. Celebro que se haya repuesto.

—Gracias, Mayor.

—Viene destinado a los *rangers*^{6}. Sé que realizó usted una buena maniobra en Luzón. Voy a hablar con el jefe.

Para David no fue una buena señal que aquel oficial se encontrara en el mismo grupo, ni tampoco era una agradable sorpresa. Walsh debía seguir enamorado de Norma y seguiría viéndola. Para él, los triunfos del Mayor representarían un tormento inagotable.

Habitsch le saludó, explicándole que otros oficiales a los que había elegido más tarde se habían incorporado ya, pero que la organización del grupo de *Rangers*, «Los merodeadores de Habitsch», no había concluido aún.

Se le destinó un pabellón que debía compartir con otro oficial, un capitán sonriente y alegre, con expresión alelada.

—Me llamo Hobson —explicó, tendiéndole la mano—. Pasé por la Academia sin dejar demasiado recuerdo en ella.

Sacó una botella de *whisky* y llenó dos vasos para que ambos pudieran brindar. Hobson vio como el joven desempaquetaba su equipaje y observó la cantidad de libros que allí había.

—¿Novelas policíacas? —preguntó—. Yo prefiero las del Oeste.

—No, no son novelas. Poesía y teatro. También algún ensayo filosófico. Hobson lanzó un silbido.

—¡Vaya, un tipo de mollera! Pues brindemos.

Luego, Pinkerton fue a tomar el mando de la tropa que debía dirigir en los combates. Para sorpresa, y agradable por cierto, figuraban entre ellos O'Leary, Mac y Buddy.

Los tres le rodearon sonriendo y Sean explicó:

—El jefe nos dijo que usted nos había recomendado. Aquí estamos dispuestos a darle disgustos al enemigo —se volvió a la tropa y añadió—: El que no sepa luchar como los hombres no cabe aquí.

Al día siguiente, Habitsch les reunió, explicando:

—Hasta ahora, no hemos hecho más que repartir los equipos a los soldados y darles algunas nociones de instrucción. Sin embargo, ahora debemos comenzar bien la preparación de los *rangers* para entrar en fuego. Casi todos los oficiales están aquí y faltan únicamente un par de tenientes que en breve llegarán.

David contempló a los oficiales que se reunían en la sala, en mangas de camisa, con el semblante tostado y la corbata bien anudada. Todos ellos eran hombres decididos y aunque hacía poco que la guerra había estallado, todos tenían una experiencia bélica y un historial limpio y destacado.

¿Sería él capaz de mantenerse a su altura?

Habitsch seguía diciendo:

—De momento, necesitamos cierta preparación de tipo técnico. Como muchas de las operaciones serán anfibias, el capitán Arnold, de la Marina, nos dará cierta instrucción de tipo náutico, aunque como Marines tengamos ya una idea acerca de ello. Asimismo, el Mayor Benedek, del cuerpo de ingenieros, nos especializará en voladuras y en otras actividades de su arma.

* * *

Por la explanada, los soldados iban evolucionando en la instrucción del comando. Los soldados obedecían las instrucciones de sus jefes, pues según el destacamento aprendían algo distinto.

Unos se ejercitaban en las maniobras corrientes entre la infantería de asalto. Otros, escuchaban las explicaciones que iban dando los técnicos, en presencia de sus oficiales.

El destacamento de David recibía instrucción de ingenieros. El Mayor Benedek refería como debían colocarse los explosivos para volar puentes.

O'Leary dio un paso al frente.

—Perdone, señor; ¿me permite una pregunta?

El Mayor asintió.

—Dice usted que deben oprimirse las puntas del cartucho con estas tenazas. ¿No sería más rápido hacerlo como los mineros en América del Sur?

—¿Cómo lo hacen?

—Con la boca.

Todos miraron sorprendidos al sargento y Benedek respondió:

—No puede ser. Volaría el que lo intentase.

—Señor —respondió el otro—, yo he sido minero en Méjico.

Habitsch avanzaba en un *jeep*, asegurándose de la buena marcha de la instrucción.

Más tarde, reunió a los oficiales en el club, donde deseaba hablarles.

—He estado en el cuartel general —dijo— y me han pedido que apresuremos los preparativos, porque les hace falta que entremos en acción muy pronto.

Walsh indagó:

—¿Tienen ya una misión que señalarnos?

Habitsch sonrió.

—Nada me han dicho, pero os preciso que apresuremos la instrucción de las tropas. ¿Cuándo habrá concluido, a su juicio?

Todos fueron dando su opinión y al fin el teniente coronel añadió:

—Debe ser dentro de un mes exactamente.

* * *

Una columna de camiones, no muy numerosa, entró en el campamento. David preguntó a Hobson:

—¿Qué es eso?

—Nuestro parque particular de transportes. Como somos tropas especiales, eso lo hace el personal agregado —hizo una pausa y añadió con expresión beatífica—: Y son mujeres.

David vio que, en efecto, las conductoras de los vehículos eran muchachas. Los *rangers* se habían dado cuenta a su vez y saludaban con la mano a las conductoras sonriendo y lanzando silbidos.

Los camiones se detuvieron ante el puesto de mando, para saber dónde iban a quedar aparcados y los conductores alojados, viéndose rodeados al instante por una turba de *rangers* que saludaban a las muchachas, invitándolas a salir con ellos.

Hobson propuso:

—Vamos, vamos. ¡Quién sabe!

Se acercaron allí y de pronto se oyó una voz femenina que gritaba:

—David, estoy aquí.

Hobson sonrió, contemplando a la muchacha, que avanzaba todo correr hacia ellos.

—¡Vaya suerte, Pinkerton!

Norma, pues ella era, se acercó a toda prisa, tendiendo las manos. David las estrechó con fuerza, aunque había hecho lo posible para sentirse fuerte ante aquella pasión, seguía amándola.

—O'Leary me dijo que estabas aquí y no sabes cuánto me alegro de

verte.

—Yo también, Norma, también me alegro mucho de tenerte con nosotros.

El Mayor Walsh se acercó en aquel momento, sonriendo y contemplando a la muchacha con ternura.

—Norma, qué suerte que te hayan destinado aquí.

Hobson, que presenciaba la escena con mucha curiosidad, agregó:

—Sí, por lo visto nos alegramos todos.

XII INTERMEDIO

David salió de su residencia, después de haberse duchado. El riguroso entrenamiento de los *rangers* hacía que sus músculos y su inteligencia estuviera siempre en tensión.

Estaba fatigado y deseaba un día de asueto, el día que acababan de concederles por su buen trabajo durante la instrucción.

Había visto a Norma con frecuencia y el trato con la muchacha le hacía sentir que la pasión por ella iba en aumento.

De pronto la muchacha salió del salón de los choferes y le saludó con un ademán. Luego, como atraídos por una fuerza superior a sus voluntades, se reunieron, mirándose a los ojos.

David no pudo contenerse.

—Norma, tengo el día libre. ¿Quieres que esta tarde vayamos a Wellington?

La muchacha sonrió, jubilosa.

—Naturalmente que quiero, David.

Pinkerton la vio alejarse, sin saber exactamente cuáles eran sus propósitos. Lo único que sabía era que ella resultaba demasiado importante para él y que ante sus ojos alegres, ante el valor que demostraba a pesar de que sus padres se hallaban en poder del enemigo, toda su voluntad desaparecía.

Esto le preocupaba bastante. ¿Es que acaso iba a fallarle en otras ocasiones?

* * *

El club nocturno estaba animado. Repleto de oficiales ingleses y ANZACS⁽⁷⁾ que lucían sus uniformes caquis, de escoceses que vestían sus coloreadas faldas y de marinos con sus ropas azules, tenía el aspecto de un elegante centro militar. Las tropas americanas, menores en número todavía, se mezclaban con el resto de la concurrencia, charlando con las muchachas que les acompañaban. Muchas de estas vestían también uniformes de las fuerzas femeninas en sus distintas especialidades, como oficinas, transportes, telefonistas o sanidad, del ejército, de la armada y de la aviación.

La entrada de los dos jóvenes causó ligera impresión, pues los oficiales ingleses y anzacs habían soportado bastantes meses de guerra y la medalla de herido del joven no destacaba demasiado.

Se sentaron a una mesa, mirándose con cierta satisfacción. La orquesta interpretaba los mejores piezas, para entretener a los combatientes que se encontraban con permiso o que disponían a defender las islas de los Japoneses⁽⁸⁾.

Pidieron unas bebidas y luego contemplaron el espectáculo de la sala.

Habían cenado juntos en un lugar apacible, pero David prefería encontrarse en otro lugar donde la presencia de más público le impidiera caer en la tentación de revelarle todo lo que por ella sentía.

Se miraron un instante y Norma exclamó de pronto:

—De no ser por los uniformes, se diría que no hay guerra.

Por un momento, quedaron silenciosos los dos, como si no supieran qué responder o qué iban a decirse. Quizás para ambos resultaba demasiado duro el pensamiento de que la guerra había deshecho sus vidas.

Norma debía pensar en sus padres y en su juventud destrozada por la metralla.

David se decía que la guerra le había hecho enfrentarse con una realidad horrible. Sentía el anhelo de volver a aquella vida tranquila y laboriosa que llevó con anterioridad a la contienda.

Era esto lo que más le distinguía de sus compañeros de armas; Walsh era un militar de cuerpo entero, para quien no existía nada aparte de su profesión. O'Leary era un espíritu aventurero que gozaba con la acción y con el peligro. En cuanto a Habitsch, era este un hombre sin nervios, un ser de voluntad férrea que no sentía otro deseo que la guerra y los riesgos.

Hasta aquel momento, sin considerarse un héroe, su actuación había sido normal. Había tenido suerte, pero no desmereció su conducta de la de otros oficiales.

Cierto que le habían concedido más honores de los que merecía, pero de no ser por lo que sabía de sus familiares, no se hubiera preocupado. Sin embargo, tanto su padre como su abuelo habían tenido un historial limpio hasta el instante en que huyeron baja el fuego enemigo. ¿No estaría exponiendo a la muerte a los hombres que le seguían?

Norma le tomó la mano, al tiempo que decía con expresión cariñosa:

—David, doy un penique por tus pensamientos.

Él sonrió, excusándose.

—Pensaba en la vida, si no hubiese guerra.

Ella asintió.

—Yo también lo he pensado muchas veces, pero nada se consigue buscando escapar de la realidad —hizo una pausa y agregó—: ¿Bailamos?

El joven se puso en pie, diciéndose que era muy cierto lo que ella acababa de decir y se encaminó hacia la pista, donde ya otras parejas evolucionaban al compás de la melodía.

Al tenerla entre sus brazos, el joven se estremeció. Aquel cuerpo esbelto y fino, era el de la mujer que amaba, que había amado desde que la

conoció y que amaría siempre. Pero había algo que les separaba.

Ella alzó los ojos, contemplándole con una sonrisa.

—Hacía mucho tiempo que no bailábamos. ¿Verdad, David?

Él asintió.

—Todo aquello parece situado a millones de años luz. Se diría que entre aquel mundo, que se encuentra tan solo a una distancia de meses y este en que ahora nos encontramos, hay un abismo y que no somos los mismos seres que ahora estamos aquí y aquellos que vivíamos aquella vida fácil y sin complicaciones.

Norma asintió a su vez.

—Y me temo que la vida ya no volverá nunca a ser lo que entonces era. Volveremos a nuestros hogares o a lo que de ellos quede y encontraremos viejos amigos, pero el mundo aquel habrá desaparecido para siempre, aunque todo lo que lo rodee sea similar.

Concluyó la música, regresando ambos a la mesa que habían pedido. David se preguntaba si no sería aquella observación de la muchacha una exteriorización de su certeza de que él no la quería. Sonrió con amargura. Jamás iba a querer a otra mujer en el mundo.

Cuando se hallaban junto a la mesa, una voz de mujer exclamó, con júbilo:

—¡Norma Hawthorne! ¿Pero eres tú?

Ante ellos se encontraba una linda muchacha con uniforme de marina. Norma tendió las manos.

—Priscilla Jenkins, ¡qué agradable sorpresa!

Se volvió Norma para explicar:

—Una compañera de colegio. El capitán David Pinkerton.

Priscilla se volvió entonces hacia un oficial de Marines que la acompañaba y agregó:

—El teniente Glendower, Ian Glendower.

David se estremeció, al tiempo que el oficial tendía la mano y exclamaba con tono irónico:

—¡Vaya, vaya, esta es una vieja reunión de estudiantes! Pinkerton y yo no nos veíamos desde la Universidad.

David asintió. Ian Glendower era el hijo del agregado militar que le descubrió la cobardía de sus familiares.

—¿Hace mucho tiempo que estás en Nueva Zelanda? —indagó Priscilla.

—No, unos dos meses o tres tan solo. Llegué aquí desde Filipinas. David consiguió que un grupo numeroso escapara de los japoneses.

Glendower sonrió, con aire malicioso.

—¡Vaya! ¿supiste como hacerles escapar, David?

XIII

EN TIERRA ENEMIGA

Habitsch les contempló un instante y luego sonrió:

—Ha llegado el momento.

Entre los oficiales que se habían reunido en el club se extendió una sonrisa de satisfacción. Aquel momento lo aguardaban desde que llegaron a Auckland, desde que debieron replegarse ante los japoneses o desde que pidieron ser enviados al Pacífico.

Walsh indagó:

—¿De qué se trata?

—El mando —comenzó a explicar el teniente coronel— desea que descarguemos nuestro primer golpe sobre una isla enemiga. No será muy importante, pero debemos demostrarles que no nos dormimos. Hemos elegido una isla al azar, en la que se encuentra una base de submarinos y un depósito de municiones. Es preciso volar el arsenal y los tanques de petróleo. Nos conducirán allí en submarinos. Quiero advertirles que la misión será difícil y que todo dependerá personalmente de ustedes. Ni uno solo puede faltar, puesto que no podrá ayudarnos nadie.

Walsh indagó:

—¿No sería conveniente dar a cada oficial un escrito detallado de lo que debe hacer?

—Puede ser peligroso si el enemigo lo captura. Será mejor que las órdenes se den verbalmente.

* * *

Faltaba ya poco para que los *rangers* salieran del submarino en el que habían viajado para embarcar en los botes de goma.

David se acariciaba la mandíbula, sujeta por el barboquejo del casco. Al cinto, ostentaba la pistola de reglamento y el cuchillo con el que habían armado a los *rangers*. La metralleta del hombro.

A su lado, O'Leary silbaba, pacientemente.

Pinkerton sentía que el corazón le latía con fuerza. Se enfrentaba con una nueva experiencia. Una más, pero no la última. Lo desesperante de su situación era que se portase como se portase en cada batalla o en cada escaramuza, le quedaría siempre el temor de que en la nueva oportunidad le fallase el valor y abandonara a sus hombres. Y siempre, al entrar en fuego, le acompañaría el miedo de que ocurriese aquella vez.

De pronto, alguien exclamó:

—Ahora.

Con un esfuerzo sobre sí mismo, el capitán escaló la escalerilla que conducía a la cubierta y descendió hacia los botes de goma. Los demás le fueron siguiendo.

Minutos más tarde, toda una flotilla de lanchas se iba acercando a la playa, hundiendo los remos en el agua. En lo alto, las estrellas parpadeaban, como si se asombraran de la hazaña de aquellos hombres.

Con el rostro pintado de oscuro, se iban acercando a la playa. A David le habían encargado de la vanguardia, para que se afanzara en la playa, mientras los otros iban desembarcando.

Sin esperar a ocultar las lanchas, se desplegaron los hombres por la playa, hacia las primeras rocas. Allí se parapetaron, instalando los fusiles ametralladores.

David escuchaba el susurro del mar al romper sobre la playa y el oleaje que golpeaba las paredes de roca.

Los hombres iban desembarcando y estableciéndose en la costa, mientras algunos se dedicaban a enterrar las lanchas. Los submarinos se iban alejando, alejando hasta que se sumergieron por completo.

Volverían dos días más tarde.

Los *rangers*, sin poder fumar para que la lumbre de los cigarrillos no les delataran, mordisqueando rancho en frío, esperaron pacientemente dos horas. En aquel espacio de tiempo, nada se descubrió. Luego, siguieron adelante y se encaminaron al interior, guiándose por la brújula hacia el lugar donde se encontraban las instalaciones navales.

Así fueron pasando las horas; horas de tensión, de inquietud. Los soldados sabían que entre aquellas sombras que les envolvían se hallaba el enemigo, y que ellos tan solo contaban con su valor personal y su decisión para salir adelante.

Se establecieron los turnos de centinela y las tropas, sin abandonar el liviano equipo, aprovecharon el tiempo para descansar.

Por fin, en la lejanía se alzó un leve resplandor.

Pinkerton no había descansado apenas. Sabía que el día iba a ser de prueba, pero quiso asegurarse de que sus hombres se hallaban bien colocados. Por extraño que parezca, estaba despierto y sereno cuando amaneció.

Entonces, el grupo de *rangers* se dividió en los distintos destacamentos que formaban. Cada uno se encaminó hacia el lugar destinado.

A través de la selva, abriéndose paso entre la vegetación, mientras el cielo se teñía de rosa, fueron avanzando hacia la caleta donde sabían que se encontraba el depósito de gasolina.

Por el camino, hallarían un puesto de observación japonés, provisto de teléfono de campaña.

Era preciso cortarlo antes de que dieran la alarma a la base.

O'Leary marchaba con el fusil terciado, mientras Mac y Buddy, convertidos en enlaces del capitán, le seguían, oyéndose murmurar a Mac:

—Si pudiera, tratar a los mosquitos como si fueran japoneses... Lo malo es que si les pego me hago daño yo.

David se mantenía despierto, observándolo todo y mirando a un lado y a otro. De pronto, lejos, entre las copas de los árboles vio destacarse al adversario, en forma de la torre del puesto de observación.

Alzó la mano, abriendo y cerrando los puños varias veces. Los *rangers* se tendieron en el suelo, ocultándose detrás de los matorrales.

David explicó al teniente y a O'Leary:

—Es preciso estudiar la torre de observación y el teléfono que la une con la base. Eso no estaba en el mapa y no sé cómo va.

Sean sonrió.

—Voy a verlo.

Con increíble rapidez, se encaramó a un árbol y examinó el lugar indicado. Luego, descendió a toda prisa y explicó:

—Está en una explanada sin malezas y en la que no se encuentra el menor sitio para ocultarse.

David quedó un instante en silencio, al tiempo que el teniente preguntaba:

—¿Y el teléfono?

El sargento sonrió.

—Por fortuna, no han tendido el cable bajo tierra. Quizá para poderlo reparar con más rapidez, se encuentra en postes.

Los oficiales se miraron de nuevo, sin adivinar el modo de destruirlo... Sean añadió:

—Si me lo permiten, puedo decirles que soy bastante buen tirador. Con un fusil puedo destruirlo.

David quedó un instante silencioso, preguntándose cómo podría lanzar sus hombres sobre la torre, sin que desde la base lo advirtiesen. Además, el disparo de fusil de Sean podría despertar la atención de los japoneses, pues los ecos del valle la repetirían hasta la saciedad.

Sin embargo, era preciso decidirse. Si sus hombres se hallaban muy cerca de la torre, no iba a ser difícil asaltarla. Hizo una seña y estos avanzaron con precaución, encaminándose hacia el límite de la vegetación. Una vez allí, se agazaparon, enfilando las armas hacia el edificio. El fusil ametrallador cubría por completo la puerta principal, y un mortero de campaña una de las ventanas.

David hizo una seña a O'Leary, quien tomó un fusil y apuntó con cuidado. Luego, oprimió el gatillo. Retumbó la detonación, seca y cortante. Del poste, se vio como saltaba la anilla que sujetaba el cable y este se quebraba.

Del interior del edificio, surgió un soldado japonés, gritando algo.

O'Leary accionó el cerrojo y volvió a disparar. El oriental se desplomó, sin un grito.

El irlandés sonrió.

—No he fallado nunca un solo tiro.

David alzó la pistola ametralladora, esperando, y de nuevo surgieron del edificio varios nipones. Se encaró el arma y oprimió el gatillo. El tableteo repercutió en el eco, esparciendo los proyectiles sobre el grupo de adversarios. Se desplomaron como un castillo de naipes, al tiempo que a una seña de David el fusil ametrallador roció la puerta principal y el mortero, bien calculado por sus servidores lanzaron los proyectiles sobre el interior del edificio.

Luego, a una orden del joven, todo el grupo se lanzó a la carga, desplegándose por la explanada. Partieron del interior algunas disparos, mientras el joven les conducía. El viento le golpeaba en el rostro y sentía como el corazón le latía en el pecho, pero todo había desaparecido de su mente excepto la misión que en aquel momento tenía ante sí.

Con increíble lucidez, veía el combate y sus pormenores más insignificantes. La borrachera que envolvía a los hombres en las batallas no se había apoderado de él.

Pero toda su inquietud y todo su nerviosismo de las horas que precedieron a la lucha habían desaparecido.

Sentía la pistola ametralladora entre las manos y la tierra firme bajo sus pies, y se daba cuenta de que en cualquier momento podía morir.

Vio como un soldado caía junto a él y como otro se desplomaba a corta distancia, pero la puerta del edificio estaba abierta y podía entrar por ella.

Saltó al interior, seguido por Buddy y se encaminó hacia una habitación, en la que se veían bultos sospechosos. Tomó una granada de mano y la arrojó al interior, pegándose enseguida contra la pared.

Hubo una detonación y una llamarada se encendió en la habitación. Buddy siguió al capitán, exclamando:

—Parece el cuatro de julio.

Se detuvieron ante otra habitación, y el Marines descargó una patada contra la puerta, descerrajándola. En el interior se veía un oficial, que intentaba establecer comunicación por teléfono. Al abrirse la puerta, echó mano a la pistola, pero David no le dio tiempo. Oprimió el gatillo de su metralleta y esta tableteó hasta que el oficial se desplomó, estremeciéndose.

El teniente y Sean acudieron al encuentro de Pinkerton.

—Están todos capturados —dijo—. El puesto de observación ya no es un peligro.

—Vamos hacia la base. Desde aquí podremos examinar bien el terreno. Y dejen encerrados a los japoneses.

Desde el puesto de observación, vieron la base naval, situada en una

amplia caleta, de estrecha entrada, compuesta de edificios de madera con techos de metal. Los disparos habían despertado la alarma de la guarnición al tiempo que un submarino surto en el puerto se disponía a enfilarse el cañón hacia la torre de observación.

El teléfono había fallado y desde la base un soldado manejaba un heliógrafo, lanzando mensajes que nadie podía descifrar. David se volvió a los hombres.

—Pronto, a la selva y descendamos hacia la base. El grupo del capitán Hobson y del Mayor Walsh estarán a punto de atacar. Nosotros descenderemos enseguida —hizo una pausa y preguntó—: Sean, ¿crees que podrás hacer callar el heliógrafo?

O'Leary sonrió.

—Ahora lo verá.

Le había tuteado sin darse cuenta; pero al suboficial parecía agradecerle. Tomó el rifle y apuntó las señales luminosas. De pronto, oprimió el gatillo. Retumbó la detonación y el heliógrafo calló.

Corrieron todos hacia la selva, mientras un cañonazo retumbaba en la caleta. Luego, una granada estalló sobre el lugar donde se encontraba el observatorio, David y sus hombres descendían a toda prisa por entre los matorrales, en dirección a la base naval. David comprendía que el cañón era el peligro mayor de todos cuantos debían desafiar. Podía hacer fracasar el ataque y entonces los *rangers* dejarían de existir. Se daba cuenta de que aquella arma nueva era la más necesaria para la buena marcha de la guerra.

Al llegar a corta distancia de la base, se detuvo alzando la mano. Los *rangers* le imitaron. En breve, los disparos de cañón irían descendiendo hasta alcanzarlos.

—Sean —exclamó—, ¿crees que desde aquella roca, con ayuda del fusil ametrallador, podrías hacer callar el cañón?

El sargento asintió.

—Desde luego. Yo esto lo sé manejar bien.

Se hizo acompañar por los servidores y echó a correr hacia el peñasco. Plantó allí el arma y la enfiló hacia el submarino. Los sirvientes se disponían a cargarlo de nuevo. El irlandés sonrió, al tiempo que apretaba el gatillo. Tableteó el arma y las figuras de los artilleros se desplomaron como muñecos empujados por una mano brutal. En la cubierta del submarino hubo un revuelo, al tiempo que un oficial daba órdenes para que otros acudieran a ocupar sus puestos. Sean enfiló de nuevo el arma y accionó el gatillo.

Mientras, el capitán avanzaba con sus hombres hacia la base naval. La guarnición debía encontrarse ya a punto de defenderse y sería preciso abrirse camino a punta de bayoneta, sin preocuparse de cuándo atacarían los otros grupos. Esta era la táctica de los comandos.

Seguía oyéndose el tableteo del fusil ametrallador de Sean, quien no cejaba en su propósito de inutilizar el cañón.

Se deslizaron los *rangers* por entre la maleza, hasta llegar a las cercanías de la base. Frente a los edificios, se habían destacado grupos de marineros japoneses que se disponían a la defensa.

David se volvió a sus hombres. Todos habían cargado de nuevo las armas y se hallaban dispuestos para iniciar el ataque.

—Granadas de mano —dijo.

Los marinos tomaron las bombas, disponiéndose a lanzarlas cuando llegara el momento. Pinkerton la arrojó con violencia sobre uno de los grupos de adversarios, seguido por la de todos sus hombres.

Estallaron las granadas, esparciendo esquirlas de metralla y detonaciones por los edificios. Entonces, unos cuantos hombres, a las órdenes del teniente Colson, abrieron fuego sobre los japoneses, mientras el resto, a las órdenes de David, cargaban sobre ellos, esgrimiendo las armas y chillando ferozmente.

David abrió fuego con la metralleta, sobre un grupo de soldados, barriéndoles, y luego siguió adelante. Sus soldados le seguían, dispuestos a todo. Buddy se encontró ante un japonés hercúleo que esgrimía su fusil, dispuesto a ensartarle con su bayoneta. El yanqui simuló ir a presentar combate y de pronto disparó el rifle. El japonés se desplomó, alcanzado en el vientre.

El soldado sonrió con beatitud.

—Todos pican.

Mac se enfrentó a un tiempo con dos enemigos y esgrimió el fusil, disponiéndose a defenderse. Uno de los japoneses le lanzó la bayoneta, pero el marine la desvió, descargando un culatazo en el rostro del enemigo. Luego, con presteza se volvió para hundir el arma en el pecho del otro japonés.

Los primeros grupos de japoneses, sorprendidos por las granadas de mano y por las descargas de los *rangers*, se iban disolviendo, y en aquel instante los hombres del teniente Colson acudieron a reforzar a sus compañeros.

Por entre las casas, los soldados de Pinkerton avanzaban disparando sus fusiles y protegiéndose de los japoneses que intentaban reorganizar la defensa.

Pegados a las esquinas, iban disparando los soldados o lanzaban granadas por las ventanas de los edificios. El fuego se mantenía, alejando a los japoneses hacia el centro de la base.

David iba animando a sus hombres. Sabía que cualquier retraso por parte del resto del grupo representaría la muerte de todos ellos. No les quedaba otra solución que seguir adelante y vencer.

De pronto, desde uno de los edificios un japonés saltó sobre el capitán.

Ambo rodaron por el suelo, pero el joven vio cómo el oriental alzaba la bayoneta para hundirla en su pecho. Consiguió saltar a un lado, a tiempo de evitarla y echó mano a su cuchillo. Luego se enfrentó con el soldado enemigo. Era fuerte su rival y estaba decidido a morir matando. Pero Pinkerton se hallaba decidido a vencer.

Por un momento, forcejearon, hasta que David consiguió esquivar el arma de su enemigo y hundirle en el pecho el acero.

El japonés contrajo apenas las facciones, y luego soltó el arma, deslizándose al suelo.

David se puso en pie, esgrimiendo el acero y volviéndose para ver lo que sus hombres habían conseguido.

Parapetados, seguían haciendo fuego y respondiendo a los japoneses que, repuestos de su primera sorpresa, se disponían a desalojarles de la base naval.

De súbito, se oyó un trepidar de fusilería en dos extremos opuestos del poblado. Los grupos de Holson y de Walsh acudían al pueblo, esgrimiendo sus armas, dispuestos a asaltarlo.

Esto dio nuevos ánimos a las tropas de Pinkerton.

Arremetieron con ferocidad contra los japoneses, desbaratando los grupos que intentaban resistir y barriéndoles con sus armas. Walsh iba avanzando, mientras Hobson les hostilizaba desde otro punto.

Con granadas de mano, con los fusiles y con las bayonetas, los Marines iban abriéndose camino hacia el centro del poblado. El teniente Colson avanzó con sus hombres hacia una construcción en la que ondeaba la bandera japonesa y la asaltó, disparando contra los oficiales que resistían en el umbral.

Entonces, Pinkerton dirigió el ataque hacia el submarino. Barrida la cubierta por el fusil ametrallador de O'Leary, era imposible resistieran. Los Marines, haciendo señas al irlandés, se encaramaron allí, acuchillando a los tripulantes. Luego, abrieron la compuerta, arrojando al interior todas las bombas de mano que poseían.

Conquistado el pueblo, Habitsch, que llegaba con un grupo rezagado que se encargó de volar una estación de radio, se reunió a ellos.

—Volemos los objetivos.

Los prisioneros japoneses fueron llevados a la selva. Mientras, los Marines colocaron explosivos en los depósitos de gasolina y en el arsenal.

Luego abandonaron el pueblo, replegándose hacia el lugar donde tenían enterradas las lanchas neumáticas.

Poco después, un estruendo, como si la isla se partiese en dos, mientras los cielos parecían encenderse de luces, les obligó a detenerse.

El depósito de gasolina y el arsenal habían volado. Las cercanías del poblado y las aguas de la caleta se encendían de líquidos inflamados y de municiones que prendían fuego a los árboles.

—Decididamente, parece el cuatro de julio —dijo Buddy.

O'Leary iba contando a los que no habían presenciado su hazaña cómo había conseguido inutilizar el teléfono y una pieza de artillería.

Llegaron por fin a la playa donde desembarcaran, y los hombres comenzaron a desenterrar las lanchas. No se veía aún señal alguna de los submarinos. Hasta la noche no acudirían.

Se apostaron en aquel lugar, para resistir cualquier ataque y esperaron. David sentía que los nervios, pasada la tensión, se relajaban y comenzó a pasear por entre los soldados, hablando con ellos y animándoles.

Habitsch se unió a él, gastando bromas y dando cigarrillos a los soldados.

El carácter alegre del teniente coronel salía a relucir en aquella ocasión, demostrando a sus hombres su serenidad y su valor. Pinkerton se preguntó cómo podría hacerlo para conservar aquella sangre fría y aquel ánimo.

Por fin llegó la noche y desde el mar llegó la señal de los submarinos. Los hombres embarcaron en los botes, dirigiéndose a su encuentro.

Habitsch se acercó a David, en el momento en que este iba a embarcar.

—Capitán, no olvidaré en el parte lo que usted ha hecho. Y le agradezco la lección de que no debe abandonarse a los hombres ni un solo instante. Usted supo conseguir que después de la batalla no perdieran los ánimos.

Pinkerton enrojeció. La verdad no era exactamente lo que el coronel creía.

XIV COMPÁS DE ESPERA

Cuando David entró en la sala de oficiales, el teniente Colson le tendió un periódico.

—Somos famosos, capitán.

El joven lo aceptó, leyéndolo sorprendido. Con grandes titulares se insertaba el relato de sus hazañas:

«LOS RANGERS COMIENZAN A DEVOLVER EL GOLPE»

En un relato de todo lo sucedido en la isla, se referían las proezas de los «Habitsch's raiders». Explicaba la destrucción de la torre de observación por el grupo del capitán Pinkerton y el modo como el sargento O'Leary había impedido que el cañón entrara en juego.

—Cómo puede suponer —siguió Colson—. O'Leary está más fanfarrón que nunca. Pero puede permitirse este lujo, ya que es un gran soldado. Creo que se trata precisamente del tipo de hombre para los *rangers*. Frío, sereno, ingenioso y con afición al peligro.

Pinkerton asintió. En efecto, aquel era el tipo de *ranger*, tipo completamente opuesto a él.

Una de las muchachas de la cantina entró a preguntarles si deseaban algo. Al ver a David, sonriendo, dijo:

—¿Puedo felicitarle, capitán? Todas hemos leído su nombre en el periódico.

Colson rompió a reír.

—Le han hecho famoso, señor.

David salió de la sala, preocupado. Las cosas se complicaban de un modo que él no había esperado. El problema seguía siendo el de siempre y si el éxito en unas cuantas empresas iban a convertirle en un héroe y si llegaba la caída, cosa que cada vez temía más y que podía suceder en cualquier momento, el escándalo sería mucho peor.

De pronto, una voz le llamó:

—David, David.

Se volvió para ver a Norma, que avanzaba a su encuentro, sonriendo con ternura. No podría resistir que ella también le considerase un héroe, cuando ni siquiera sabía lo que iba a ocurrir en su siguiente combate.

Pero Norma, con gran tacto, se acercó a él, sin mencionar para nada lo que decía el periódico:

—¡Hola, David!

El joven sonrió a su vez.

—¡Hola, Norma!

Por un instante se miraron, sintiendo el joven la necesidad de acercarse a ella y de buscar a su lado el olvido de las preocupaciones. Había tanta comprensión en los ojos de la muchacha y tanta ternura en su sonrisa, que supo que ella no iba a hacer nada que le molestase. Por otra parte, ella no podía conocer la tormenta que se encendía en su alma.

—Norma —exclamó—, tengo el día libre.

Sonrió ella.

—Yo también, cariño.

—Entonces —respondió, estremeciéndose ante la palabra íntima que ella había empleado—, pasaré a buscarte.

Regresó a la sala de oficiales, sintiéndose más tranquilo ante la perspectiva de encontrarse con la muchacha. Casi todos los oficiales se hallaban allí reunidos, riendo y comentando lo que decía el periódico, en tono burlesco y ligero. David les contempló con honda emoción. Ni los relatos de la Prensa ni las condecoraciones podían compensarles del peligro, la exposición continua de sus vidas y la renuncia a toda esperanza, ante la posibilidad de morir en un combate. Pero ni se alababan por ello, ni pretendían ser superiores. Simplemente, cumplían con su deber, como mejor les parecía.

Aquella era la clase de hombres que él hubiese deseado ser.

De pronto, Hobson le descubrió, exclamando:

—¡Ahí tenemos al héroe, muchachos! Una ovación y que nos pague un trago a todos.

Sabía también David que no había mala intención en aquella broma y saludó, de un modo burlesco, cuando estallaron todos en aplausos. Luego, encargó las bebidas al tiempo que Hobson volvía a decir:

—Propongo que cada vez que los periódicos se ocupen de uno de nosotros, este, en justo castigo, deberá pagarnos la bebida.

Habitsch entró en la sala. Su semblante no ocultaba la satisfacción que le había producido la noticia inserta en el periódico. Indicó a los oficiales que se sentaran y luego, mientras uno le tendía un vaso de *whisky*, exclamó:

—Bueno, ya han visto lo que dice el periódico. En el cuartel general les informaron según el parte que yo les di. Si esto me satisface, ha sido por lo que me han dicho en el puesto de mando cuando he llamado para preguntar la razón por la que permitían esto. Los japoneses han cosechado hasta ahora todas las victorias y nosotros tan solo derrotas. Este es uno de los primeros triunfos que hemos conseguido y han creído oportuno publicarlo para animar a la retaguardia. Las tropas se sentirán también más animadas si lo hacen. Comprendo que tiene que ser molesto para ustedes, pero es preciso soportarlo. Y además, ha creado el estado de

ánimo para que se sigan organizando grupos de *rangers*. En breve, si todo marcha como espero, se permitirá la creación de otra unidad, que mandaría Walsh. Pero tengan en cuenta que todos nos consideran héroes, los únicos héroes que hay hasta ahora y que, ocurra lo que ocurra, no podemos ser derrotados. La responsabilidad es grande.

Nadie respondió, pero el joven no pudo evitar dirigir una mirada al Mayor Walsh, que sonreía ante la perspectiva de mandar una unidad de *rangers*.

* * *

Walsh, con el uniforme de paseo, encaminóse hacia los barracones donde se encontraban las muchachas del servicio de transporte.

Norma salía en aquel momento. Bill sonrió, saludándola:

—¡Hola! Precisamente venía a buscarte. ¿Tienes libre esta tarde?

La muchacha sonrió, a modo de excusa.

—Lo lamento, Bill, pero ya he quedado citada con David. Otro día.

Walsh no pudo reprimir un gesto de inquietud. Hizo una pausa y añadió:

—Es que nunca sabemos cuándo vamos a entrar en acción. Yo quisiera hablar contigo de algo muy importante.

La muchacha procuró desviar la vista.

—Lo siento mucho, Bill, pero él me lo pidió primero.

El Mayor hizo una pausa y luego añadió:

—En ese caso, te pido salir mañana.

Norma asintió.

* * *

El club nocturno se hallaba lleno de oficiales que reían y charlaban, mientras algunos iban deslizándose por la pista, enlazando a sus parejas.

Walsh, sentado a una mesa, charlaba con varios oficiales, entre los que se veía a Glendower.

—Pues acuérdate de mí —dijo este último— si te dan esa unidad. Me parece que los *rangers* van a ser el único medio de ver un poco de acción en esta guerra.

—Desde luego, pierde cuidado —dijo Walsh.

En aquel momento, advirtieron cierta agitación en la sala, dándose cuenta de que todos se volvían hacia un extremo. Buscaron lo que causaba tanto revuelo.

David y Norma avanzaban, sin hacer caso de las demostraciones de admiración del público, hacia una mesa. Pero la muchacha se aferraba al brazo del joven, contemplándose con ternura, sin darse cuenta de otra cosa que no fuera él.

Walsh sintió un estremecimiento. A pesar de todo, ella, como en los días de Filipinas, seguía firme en su predilección por Pinkerton. Lo que decían los periódicos aumentó su amor.

Era mejor, se dijo el oficial, hacerse a la idea de que todo había concluido. Sus esperanzas nunca habían dejado de ser simplemente un sueño que jamás se realizaría.

Pero no pudo evitar que cierta amargura se apoderase de su corazón y que sintiera como si una garra helada le oprimiese el pecho. Además, una voz le susurraba al oído palabras a las que no podía prestar atención.

De pronto, Glendower exclamó:

—Bueno, lo último que yo esperaba era ver a Pinkerton convertido en héroe.

Otro le preguntó:

—¿Le conoces?

—Estuvimos juntos en la Universidad y era un muchacho un poco apocado a quién no gustaban los deportes violentos. Ciertamente que después cambió un poco.

El otro oficial sonrió.

—Pues ya puedes explicárselo a todos los compañeros.

XV

DE NUEVO EL PELIGRO

En cuanto pisó la playa, David apretó con fuerza la metralleta. Habían partido inesperadamente de Nueva Zelanda, lanzándose sobre una isla en la que no debían hacer otra cosa más que atacar un puesto de mando de la flota japonesa.

Era de suponer que el enemigo la habría defendido bien, pero contaban a su favor con la sorpresa y con lo inesperado del ataque.

De nuevo le había sido dado el mando de la vanguardia a David, diciéndole el coronel que era su actuación la que más le convenía.

El joven avanzó por la playa, dirigiéndose hacia las lomas que la rodeaban y buscando un modo de proteger el avance del resto del grupo. Escaló con presteza una de las paredes de roca, mientras el resto de los hombres se desplegaba con toda rapidez. Aquella vez no iba a haber lanchas que les sacaran de allí. En caso de vencer, un buque les iría a buscar al puerto. De fallar, nunca saldrían de la isla.

Una vez en lo alto del acantilado, el joven miró en torno suyo. La vegetación exuberante de la isla les proporcionaba suficiente protección para acercarse al puesto de mando japonés, pero también ofrecía al enemigo oportunidad para preparar emboscadas a los asaltantes.

David siguió adelante, cubriendo los puntos más importantes de los caminos que se dirigían hacia la playa. Pronto todo el grupo habría desembarcado y podrían avanzar.

Estaba amaneciendo. En el horizonte se encendía una luz rosada, que permitía calcular el tiempo que tardaría el sol en brillar sobre la isla.

Pronto el resto del grupo ascendió por las lomas rocosas, disponiéndose a iniciar la marcha hacia el interior de la selva. Los hombres marchaban silenciosos, con las armas montadas y disponiéndose al asalto. Sabían que dependía de su esfuerzo y no iban a fracasar.

David apartaba la maleza con el arma, para evitar a ser sorprendidos por una patrulla enemiga.

Los *rangers* avanzaban desplegados, con las armas en alto, mientras el cielo se iba esclareciendo. Los pájaros cantaban en lo alto de los árboles y de vez en cuando un mono o un animal saltaba de rama en rama, sorprendiendo a los asaltantes de la isla.

Estos se deslizaban casi sin ruido, evitando quebrar las plantas o doblar los arbustos.

Habitsch marchaba en su puesto, guiándose por el mapa. El Estado Mayor japonés se encontraba en un extremo de la isla, junto al mar. Ellos

habían desembarcado por la parte opuesta para conseguir que nadie pudiera impedirles el avance.

De pronto, David se detuvo. Alzó la mano, al tiempo que los *rangers* de la vanguardia se tendían en el suelo, ocultándose entre los matorrales. Un grupo de soldados japoneses avanzaba arma al brazo, de regreso de alguna patrulla.

Sabían los Marines que, en efecto, había establecido un sistema de vigilancia que permitía mantener guardado toda la isla. Pero Habitsch había ya trazado sus planes.

David enfiló a los soldados con la ametralladora, esperando. Sus soldados le imitaron, al tiempo que Buddy se deslizaba con presteza por entre la maleza, para informar al coronel que el enemigo se acercaba.

Los japoneses pasaron distraídos, sin prestar atención a los soldados que ante ellos se ocultaban. David no les quitaba la vista de encima, cubriéndoles con la metralleta. Sus hombres le imitaban. Al menor movimiento sospechoso, haría fuego para evitar que les atacasen o pudieran escapar al puesto de mando.

La patrulla se alejaba por la maleza y de pronto uno de los japoneses se detuvo, volviéndose bruscamente.

Pinkerton alzó la metralleta, cubriéndole con ella, imaginando que hubiese podido descubrirle.

Los soldados le imitaron. Era posible que el japonés hubiese advertido la presencia del comando.

El oriental se detuvo, mirando hacia el suelo.

Los *rangers* se mantuvieron firmes, tensos en sus puestos, temerosos de que algo ocurriese. Por fortuna, sus nervios eran seguros.

Entonces, el japonés se alejó, siguiendo a sus compañeros.

David bajó el arma, con una sonrisa de alivio. Si a alguno le hubiese fallado la serenidad, todo el golpe de mano se habría venido abajo.

Continuaron adelante, mientras entre los árboles se deslizaban los rayos del sol. La selva parecía despertar con el piar de los pájaros que saludaban al nuevo día.

De pronto, David se detuvo. Ante él se encontraba el camino que conducía hacia el puesto de mando enemigo. Unos edificios de madera con techo metálico lo constituían. Unas trincheras y unas alambradas formaban la defensa.

Los centinelas japoneses paseaban en silencio, con el arma al hombro. El joven quedó silencioso, mirando el terreno y asegurándose del mejor modo de tomarlo por asalto. Se advertía que las defensas habían sido construidas a toda prisa como resultado del asalto realizado en la otra isla.

Aquellas fortificaciones tan solo les iban a detener unos segundos, pero los suficientes quizá para que toda la guarnición del puesto de mando pudiera ponerse en movimiento.

Era preciso irrumpir en tal forma que nadie pudiera retrasar el asalto. Estudió con atención el sistema defensivo, buscando un ligero fallo que le permitiese derribar las barreras.

Habitsch se acercó, avisado por Buddy.

—No veo un solo fallo en el sistema de defensa —explicó el joven.

El otro movió la cabeza.

—Y, sin embargo, hay que hacerlo.

Ambos dudaron un instante, contemplando las defensas del puesto de mando.

De súbito, David exclamó:

—Si nos protegen los fusiles ametralladores, existe la posibilidad de llegar a las líneas enemigas y derribar las alambradas antes de que puedan impedirlo.

Habitsch asintió.

—De acuerdo. Daré las órdenes.

Los servidores de los fusiles ametralladores, a las órdenes de Hobson, se establecieron por la maleza, cubriendo con sus armas las trincheras adversarias. El resto del grupo se dispuso a iniciar el ataque.

Habitsch alzó la mano, exclamando:

—¡Ahora!

El grupo se lanzó sobre las posiciones adversarias, encogidos sobre sí mismos, esgrimiendo las armas, al tiempo que las máquinas de guerra lanzaban sus rociadas de plomo por encima de sus cabezas.

Cayeron los centinelas japoneses, y los otros corrieron a ocultarse en las zanjás, mientras los *rangers* llegaban a todo correr ante las alambradas. David lanzó una bomba de mano sobre una de las estacas que aguantaban el espino artificial, y luego le descargó una patada, derribándolo. Colson hacía lo mismo en el otro extremo, al tiempo que O'Leary rociaba con su metralleta el interior de la zanja. Una brecha quedaba abierta y por ella pasaron los asaltantes, arrojando granadas de mano al interior de las zanjás.

Estallaron las bombas sembrando la muerte, al tiempo que caían los japoneses. Los fusiles ametralladores, bien dirigidos por Hobson, iban silenciando otros extremos de la zanja.

David siguió adelante hacia los primeros edificios. Una vez allí, se pegó contra la pared, alzando el arma y asegurándose de que no había peligro. Por el centro del poblado avanzaba un grupo de japoneses dispuestos a unirse a los defensores. Pinkerton arrojó una bomba de mano y luego se encará la metralleta.

O'Leary y sus dos enlaces hicieron lo propio, aniquilando al primer grupo enemigo. Los demás *rangers* les alcanzaban ya.

David echó a correr hacia otro edificio, mientras por encima de las detonaciones se oían los gritos de los japoneses y las órdenes que daban los

oficiales.

Habían callado los fusiles ametralladores, al tiempo que los servidores corrían hacia el puesto de mando.

David vio un nuevo grupo japonés que avanzaba para detenerles, y enfiló hacia ellos la metralleta, oprimiendo el gatillo. Sus hombres le imitaron, inmovilizando al enemigo.

Los disparos de los fusiles y las explosiones de las granadas de mano se alzaban sobre los gritos del campamento y los lamentos de los heridos.

Entonces llegaron los fusiles ametralladores, instalándose en el centro del poblado y enfilando a los edificios. Los *rangers*, siguiendo las órdenes de los superiores, corrieron hacia los barracones más importantes.

Uno de ellos se advertía que era el alojamiento de las tropas y en aquel instante salían el grueso de la fuerza para repeler el ataque. Era ya tarde. Las bocas de las ametralladoras y un grupo de *rangers* se habían acantonado frente al edificio, inmovilizándoles. Además de disparar con sus armas rápidas, lanzaban bombas de mano hacia las ventanas.

David, al frente de su destacamento, corrió hacia el lugar donde una bandera señalaba la presencia del superior. O'Leary le informó que un letrero lo confirmaba así.

Desde el interior les dispararon un par de veces, hiriendo a un soldado. Los Marines se pegaron a las paredes, esperando el momento de avanzar. Entonces se puso de manifiesto la magnífica instrucción dada por los oficiales.

Los hombres encararon hacia el edificio sus armas, al tiempo que David echaba a correr hacia el barracón, protegido por los disparos de sus compañeros. Llegó por fin ante el edificio, pegándose a la pared, entre dos ventanas.

Mientras otro soldado avanzaba a todo correr, desde otro extremo, el capitán se acercó a una de las ventanas, quitando el seguro de una bomba. Luego la arrojó dentro.

Inmediatamente se acercó a la otra ventana y repitió la operación. Otro soldado seguía los pasos del segundo, encaminándose hacia el edificio del puesto de mando y pegándose contra la pared.

Estallaron las dos granadas, suspendiendo por un momento el fuego del interior y todo el destacamento echó a correr hacia el puesto de mando. David entró el primero, abriendo la puerta de una patada, y lanzando ráfaga tras ráfaga en el interior.

Luego, entró en el puesto de mando. Sean le seguía, exclamando en japonés:

—¡Rendíos, rendíos!

Buddy se acercó a una puerta y disparó hacia dentro. En la sala principal había algunas mesas y mapas y tres hombres muertos. Los demás estaban malheridos. Los *rangers*, a una orden del capitán, comenzaron a

registrar las habitaciones.

David entró en una de ellas y un hombre robusto y joven aún se arrojó sobre él, intentando hacerle presa. El capitán esquivó el golpe, descargando un directo con todas sus fuerzas en la barbilla del enemigo.

Este se desplomó sin sentido. Sean entró en aquel momento, afirmando:

—Ya no queda nadie en este edificio. Todos están fuera de combate. —

De pronto se dio cuenta del caído y preguntó—: ¿Quién es ese pájaro?

—No lo sé. Me atacó cuando entré aquí.

O'Leary le reanimó, preguntándole algo, a lo que el otro contestó. El irlandés se volvió sonriendo a su jefe.

—Es el almirante Yagacuchi, jefe de esto.

David sonrió.

—Es el tipo que veníamos a buscar.

Le levantaron, custodiándole hasta el lugar donde se hallaba el resto del destacamento, que se disponía a defenderse de un posible ataque japonés.

—Viene el teniente coronel —dijo Mac.

Se oían ya tan solo disparos aislados. Habitsch entró en el edificio, con el semblante chamuscado y una sonrisa de triunfo.

—Ya está todo acabado.

David presentó al prisionero, explicando quién era. Luego señaló los mapas y las carpetas que se encontraban en los armarios.

—Nos lo llevaremos —dijo el coronel—. Pueden ser útiles —hizo una pausa y añadió—: Aún falta casi medio día para que vengan a recogernos. Que descansen los hombres y que se organicen las guardias. Es posible que las patrullas intenten asaltar el puesto de mando.

* * *

Los *rangers* esperaban que las lanchas motoras se acercaran al improvisado muelle a recogerles. Había concluido la operación y regresaban a Nueva Zelanda.

David permanecía junto a los hombres, que reían y charlaban, contentos de haber sobrevivido al asalto. Los heridos se encontraban tendidos en el suelo y los prisioneros esperaban el momento de embarcar.

En breve, regresaría a Nueva Zelanda junto a Norma. Cada vez era más difícil contenerse. ¿Y acaso le era lícito revelar todo lo que sentía?

XVI

SORPRESAS

Llegó la noticia de que se creaba un nuevo grupo de *rangers*, a las órdenes de Walsh, que seguiría subordinado a Habitsch, aunque este continuaría mandando su antigua unidad.

Entre los oficiales americanos de la guarnición hubo un revuelo. Muchos deseaban alistarse, y de los Marines llegaron centenares de voluntarios. Bill comenzó a hacer sus preparativos eligiendo ante todo, según las instrucciones del coronel, un buen cuadro de mandos.

Habitsch se había entrevistado con Pinkerton, diciéndole que necesitaba un segundo jefe para su grupo. Debido a que también mandaría el grupo de Walsh, al hombre que eligiese debía ser un oficial en quien pudiera confiar parte del mando efectivo del grupo y en otras ocasiones todo el mando.

—Por esta razón —concluyó Habitsch—, le elijo a usted, Pinkerton.

De hecho, y el joven lo sabía, significaba el ascenso a mayor. Él no se juzgaba digno de ello y decidió negarse, pero entonces temió que esto no fuera más que una excusa de su cobardía y se cuadró, asintiendo:

—A la orden, coronel.

Aquella misma tarde recibió el nombramiento de Mayor en funciones⁽⁹⁾.

Ian Glendower había ingresado como teniente en el grupo de Walsh, con el que le unía una amistad de familia. Ansioso por entrar en campaña, tomaba muy en serio su misión, estudiando los informes acerca de las actividades de los comandos ingleses y de los Habitsch's Raiders.

Sorprendido, iba viendo que a cada instante surgía el nombre de David Pinkerton. Asimismo, le habían ascendido a mayor y era ya el segundo jefe de un grupo con probabilidades de tomar el mando en breve.

Jamás lo hubiera imaginado así, cuando estaban en la Universidad y sabía los antecedentes familiares del joven. Sin embargo, no le guardó odio por haber ascendido antes que él. Por el contrario, creía que era una de las muchas sorpresas que se recibían en la guerra. El joven teniente comenzaba a darse cuenta de la diferencia entre la guerra explicada con libros y la guerra vista de cerca.

Pinkerton había demostrado que era un magnífico oficial de *rangers*, sereno, decidido e inteligente. Debía merecer el ascenso cuando se lo daban.

Por otra parte, Pinkerton no tenía parientes en el Pentágono ni en el senado, que le hiciesen ascender más deprisa.

Veía además el entusiasmo y la admiración que por Pinkerton sentían sus hombres y no dudaba de que se había equivocado al acusarle de cobardía en la Universidad.

* * *

El salón de té tenía una magnífica vista. Desde allí se podía ver el bello paisaje neozelandés, permitiendo que los clientes reposaran con el espectáculo.

En aquel lugar se veían muchos oficiales, pero también un buen número de civiles que habían acudido, como todas las tardes, a tomar el té.

Los oficiales eran británicos en su mayor parte, puesto que los americanos no sentían afición hacia aquel brebaje.

Sin embargo, Glendower, educado en Inglaterra, y Walsh, natural de Boston, donde prevalecen las costumbres inglesas, habían entrado allí, invitados por unos oficiales ingleses, agregados al Estado Mayor y con los que debían tratar de asuntos del servicio. Estos eran oficiales y conocían bien la guerra.

—Lo mejor en los comandos —decía uno de ellos, un capitán de rubio bigote— es que se lucha muy de cerca. Allí importa principalmente el elemento humano.

—Sí, y el oficial debe ser quien saque lo mejor del soldado —opinó un, escocés de rostro encendido.

—Pero el armamento debe ser fácil de manejar y muy útil. De otro modo se encuentran perdidos ante el adversario.

Walsh asintió.

—Sí, desde luego. Si pudiéramos tener otro fusil, de tipo más rápido, ganaríamos mucho.

En aquel momento se abrió la puerta que daba a la calle y entró una pareja. Él lucía uniforme americano con los emblemas de Mayor. Ella era Norma Hawthorne.

El escocés al verles exclamó:

—¡Vaya, si es el Mayor Pinkerton!

Walsh se volvió, dándose cuenta del modo como ambos se miraban. Ni siquiera se habían dado cuenta de quién se hallaba en la sala. Hablaban muy interesados, mirándose a los ojos.

Sin embargo, la mayoría de los oficiales que se encontraban en la sala les examinaban atentamente, conversando entre ellos. Sin duda sabían todos quién era el joven.

El oficial inglés sonrió.

—Esto, no cabe duda, es la fama. Pinkerton empieza a ser conocido. Dentro de poco se verá obligado a hablar a los reclutas.

Walsh sintió una garra fría que le oprimía el corazón. Sí, Pinkerton era

famoso por sus hazañas, pero no era esto lo que más le dolía. Simplemente, sentía celos. Aquella muchacha era la única mujer a la que había amado y esto le obligaba a estar pendiente de ella. Norma prefería a otro. Jamás le había alentado y nunca coqueteó con él. Por el contrario, le trató simplemente como a un amigo.

Pero él no podía acallar en su pecho la voz que le impulsaba la cólera y al dolor.

David y Norma, muy ajenos a lo que sucedía en torno a ellos, seguían hablando en voz baja, interesados únicamente en sus cosas.

—Tu carrera sigue bien —decía ella—. Has ascendido y todos aseguran que pronto te darán el mando del grupo.

Esto era precisamente lo que más inquietaba al joven. Una vez tuviese él solo la responsabilidad, ignoraba lo que iba a ocurrir.

—Sí, eso dicen —agregó—, pero no hay que hacer mucho caso. De todos modos, me dan más responsabilidad de la que deseo.

Norma le miró con ternura, sonriendo.

—Es natural que todos confíen en ti. Siempre sobresaliste entre todos y alguien debe encargarse de hacer las cosas.

El escocés, en la otra mesa, sonrió.

—Es curioso el modo como el valor personal y la buena fortuna en el combate atraen a las mujeres. Es muy hermosa esa que acompaña a Pinkerton.

Walsh asintió, en silencio. No podía seguir allí. Aquella escena le resultaba insoportable. Debía buscar un modo de alejarse de ellos, para poner en orden sus ideas.

Consultó el reloj, exclamando:

—Excúsenme, pero tengo una cita importante.

Se puso en pie, y Glendower añadió:

—Si vas al campamento, te acompaño.

De mala gana, el Mayor debió aceptar la compañía de aquel hombre, cuando lo único que deseaba era encontrarse a solas con sus pensamientos y aclarar lo que sentía.

Salieron del edificio, echando a andar calle adelante. Glendower no era un buen psicólogo, y no se dio cuenta de lo que le estaba sucediendo al Mayor, aunque de darse cuenta hubiese imaginado que le preocupaba el nuevo mando que le habían conferido. Siguiendo el hilo de sus propios pensamientos, comenzó a decir:

—Siempre hay ocasión de aprender nuevas cosas y ahora me doy cuenta del asno presuntuoso que fui en la Universidad —sonrió, agregando—: Cierto que allí es frecuente este tipo de muchacho, pero creo que también lo fui al comenzar la guerra. Me parecía que iba a concluir por el solo hecho de que yo había llegado al frente del Pacífico.

Walsh le escuchaba distraído, sumiéndose en su amargura y deseando

inconsciente le dejara a solas consigo mismo. Se decía que todo estaba perdido y que ya nunca podría pensar en Norma, como la compañera de su vida.

Glendower seguía diciendo:

—La primera vez que vi a Pinkerton, después de varios años de separación, supe que venía de Filipinas e imaginé que le habían derrotado y que salió huyendo, sobre todo en vista de lo que sabía de él. ¡Menuda sorpresa me he llevado!

Walsh le miró con súbito interés.

—¿Qué es lo que sabes?

Glendower sonrió.

—Está bien claro que se trata de una tontería, que únicamente podía impresionar a un muchacho tonto. En su familia, ha habido dos oficiales cobardes: su padre y su abuelo.

Luego, le refirió todo lo que sabía acerca de la familia Pinkerton. Walsh le escuchaba en silencio, súbitamente interesado, ansiando saber la verdad y averiguar todo lo posible acerca del rival a quien odiaba, aunque su razón le hiciese ver el error de sus sentimientos.

Al concluir Ian, el Mayor se despidió de él súbitamente. Era preciso reflexionar gravemente acerca de lo que había descubierto. Se encaminó a su dormitorio y encendió un cigarrillo.

Lo que le habían dicho, era de las cosas más graves que podían descubrirse acerca de un oficial de tropas de asalto. ¿Qué sucedería si un día en pleno combate se desmoronaba su moral y abandonaba a sus hombres? Era preciso hacer algo que impidiera el desastre de doscientos cincuenta héroes.

XVII FRENTE A TODOS

Habitsch contempló al Mayor y preguntó:

—¿Sucedo algo, Walsh?

A raíz de su ascenso, Bill podía hablar con mayor claridad ante su superior, cosa que siempre había hecho. Pero los formulismos habían desaparecido y podía dirigirse a él con toda sencillez. Sin embargo, el paso que iba a dar era muy grave y se advertía su inquietud.

Asintió, al tiempo que añadía:

—He descubierto algo acerca de uno de los oficiales, que creo que debo decirle, señor.

Habitsch sonrió.

—Suprime el tratamiento, Bill. Ya sabes que me llamo Armand.

El otro asintió de nuevo, añadiendo:

—Se trata del Mayor Pinkerton. He descubierto que sus familiares son militares y que dos de ellos fueron expulsados del ejército por cobardía. Concretamente, su padre y su abuelo.

Luego repitió la historia que le narró Glendower. Habitsch escuchaba en silencio, preocupado por lo que podía suceder. Al concluir su interlocutor, exclamó:

—¡Pobre muchacho, es un asunto desagradable!

Walsh se armó de valor y preguntó:

—¿Qué piensas hacer? ¿No temes que le ocurra algo por el estilo y que en un momento dado abandone a sus hombres?

Habitsch tardó en responder.

—No, Bill, no pienso separarle del mando. Pinkerton es un buen oficial de *rangers*. Pronto, podría mandar un grupo y seríamos capaces de realizar mejores operaciones. No voy a hacer caso de una historia pasada, que no me consta que pueda repetirse en él. Sus antepasados fueron militares y en ellos no se presentó el menor síntoma de cobardía.

—A tu gusto, pero recuerda que yo te he avisado. Era mi obligación.

—Desde luego y yo te agradezco que lo hayas hecho. Pero Pinkerton no me ha dado motivos para sospechar de él —Bill iba a retirarse y el coronel agregó—: No creo necesario que esta historia circule por el campamento.

* * *

En la sala de oficiales se encontraban estos reunidos, riendo y charlando. El capitán médico de la unidad refería, en una conversación

hábilmente dirigida por Walsh, casos conocidos durante su carrera profesional. De pronto, Bill quiso saber:

—¿Se repiten siempre los defectos o las virtudes de los padres en los hijos? O, mejor dicho, ¿lo considera así la ciencia médica?

El doctor movió la cabeza.

—Físicamente, casi siempre, pero no se ha llegado a una conclusión en el aspecto moral.

Walsh sonrió.

—Es que yo conozco el caso, y ustedes también, aunque no voy a citar nombres, de un oficial cuyo padre y cuyo abuelo fueren expulsados del ejército por cobardía y él, sin embargo, es todo un hombre.

Hubo una pausa, al tiempo que se oía la voz de Glendower, que exclamaba:

—¡Ah sí, el Mayor Pinkerton!

Bill se volvió con presteza, añadiendo:

—No es necesario citar nombres.

Pero él sabía que los demás oficiales, en cuanto él se hubiese marchado, acosarían al teniente a preguntas.

* * *

Los *rangers* estaban hablando en corro, fumando cigarrillos y gozando de los pocos instantes de descanso que tenían. Uno de ellos exclamó:

—Os aseguro que lo oí en la sala de oficiales. Lo contaba el teniente Glendower.

Un veterano añadió:

—Si ese oficial tiene sangre de cobarde en las venas, yo soy un gallina acabado.

Pero el que trajo la noticia, que quería revelarlo todo a sus amigos, agregó:

—El doctor dijo que era un caso bien claro de... Bueno, una palabra muy rara y aseguró que se trata de no poder controlar siempre los nervios. Claro, esto puede ocurrirle en cualquier batalla.

En aquel instante, Buddy pasó junto a ellos, con el cigarrillo en la comisura de los labios, con el gorro ladeado y contoneándose.

—¡Hola, besugos! —exclamó con desprecio.

Él pertenecía a una unidad de veteranos y aquel nuevo grupo se había formado a base de reclutas. Era natural que les despreciase.

Pero a los otros no les sentó muy bien la actitud del *ranger*, y uno preguntó:

—¿A quién llamas tú besugo? ¿A nosotros? Pues no presumas tanto de estar a las órdenes del Mayor Pinkerton.

Buddy se volvió y, con sus aire de Brooklyn, se acercó al que había hablado.

—¿Qué tienes que decir del Mayor Pinkerton, besugo?

—Que lleva sangre de cobarde en las venas y...

No pudo concluir la frase. Buddy, de un directo en la mandíbula le derribó al suelo y agregó:

—Cuando se es un recluta repugnante, no se atreve uno a hablar de los verdaderos oficiales.

Otro *ranger* se puso en pie, con expresión torva. Sus compañeros le imitaron. Aquellas expresiones no se admitían en los destacamentos de asalto. Buddy advirtió el peligro y se apresuró a replegarse, disponiéndose a la lucha. Miró un instante hacia atrás y vio que Mac y dos o tres *rangers* de su grupo acercábanse, decididos a no perderse la lucha. Por un instante, se miraron los adversarios. Luego, Mac preguntó, en tono de desafío:

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que tu amigo es muy fanfarrón y vamos a demostrarle lo que valemos nosotros.

Buddy se apresuró a aclarar:

—Se han atrevido a injuriar al Mayor.

Los *rangers* se estremecieron ante la falta de respeto a su héroe. Mac estiró los brazos y preguntó, con expresión agresiva:

—Quien lo haya hecho, tiene que ser un traidor, agente de los japoneses.

Los *rangers* se estremecieron ante el insulto y uno dio un paso al frente.

—Pues vuestro Mayor tiene sangre de cobarde en las ve...

Tampoco pudo concluir la frase, un terrible y demoledor directo de Mac le derribó en tierra, aturdido.

La lucha se generalizó. Los *rangers* se agredían con saña, golpeándose con furia, como si se encontraran en el centro de la batalla decisiva para la guerra.

De todas partes acudían *rangers* en ayuda de sus compañeros. La batalla se iba a generalizar. Los sargentos comenzaron a dar gritos, ordenando que cesara el combate, pero nadie les prestaba atención.

De pronto, O'Leary se dirigió hacia ellos y, sin más palabras, comenzó a separar luchadores, abofeteándoles, para llegar cuanto antes al centro de la pelea. Allí consiguió separar a Buddy y a Mac. Les contempló con expresión de disgusto y añadió:

—¡Vaya, vosotros teníais que ser!

—Espera antes de acusar —dijo Buddy—. Estaban insultando al mayor.

—Sí —agregó Mac—. Dijeron que tenía sangre de cobarde.

O'Leary se volvió con presteza, advirtiendo:

—Quien insulte al mayor Pinkerton se las verá conmigo personalmente.

Sin embargo, la noticia corrió por el grupo de *rangers*. Uno a otro se lo comunicaban, sorprendidos ante la revelación. A pesar de las amenazas del sargento y de sus dos auxiliares, en el propio grupo de Pinkerton se

hablaba de lo que acababa de descubrir y de todo cuanto parecía que iba a suceder en el campamento.

Nadie dudaba de que el coronel intervendría. Pinkerton entró en la sala de oficiales cuando estaban hablando precisamente de lo sucedido. Todos se avergonzaron de ello y bajaron la cabeza. David les miró sorprendido.

—¿Qué es lo que sucede? —indagó.

Nadie se atrevió a contestarle, pero en aquel momento, como si desearan responder a la pregunta del Mayor, se oyó una voz que decía en el patio:

—¡Quien iba a imaginarlo! Pensar que un tío con tantas agallas tenga sangre de gallina.

David palideció, comprendiendo el motivo por el cual los oficiales aparecían tan cabizbajos. Todo se había descubierto. El joven mantuvo en ellos la mirada, buscando alguien que la sostuviera. Sin embargo, en el fondo de su alma sentía una infinita tristeza.

Luego abandonó la sala de oficiales, encerrándose en su despacho. Todo se había venido abajo. No importaba su actuación ante el enemigo. Glendower había hablado más de la cuenta y ya no había medio de recuperar la dignidad perdida.

En la nave donde se albergaban las muchachas del servicio de transportes, una voluntaria entró, exclamando:

—¡Chicas! ¿sabéis de lo que me he enterado? —cuando vio que todas la miraban, añadió—: De que el Mayor Pinkerton es un cobarde, que en su familia lo son todos.

Norma se puso en pie, furiosa.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que cuentan todos —explicó la muchacha—. No se habla de otra cosa en el campamento.

Norma sintió una profunda ternura. David se encontraría solo, mientras todo el mundo se volvía contra él, injustamente. Sin más palabras, salió a toda prisa del dormitorio, encaminándose hacia el despacho del joven. Quería estar a su lado para que su amargura no fuera tan grande.

Sin hacer caso de los centinelas entró en el despacho del joven. David alzó la cabeza, sorprendido. Al ver a la muchacha, parpadeó con asombro. Norma exclamó:

—¡David, amor mío!

Pinkerton no tuvo necesidad de decir nada. Ella sabía la verdad y venía a ofrecerle su cariño y su consuelo. Se puso en pie, yendo al encuentro de la muchacha. Los dos se encontraron en el centro del despacho, cayendo uno en brazos del otro.

Norma le acarició el semblante, al tiempo que exclamaba:

—¡Dave, Dave, amor mío, pobrecito mío, cómo habrás sufrido aquí solo!

Él la contempló un instante y dijo:

—Tienen razón los que hablan de una cobardía en mi familia, Norma. Mi padre y mi abuelo fueron expulsados del ejército.

Ella sonrió.

—¿Y qué importa? ¿Es que tú no has demostrado de lo que eres capaz?

—Pero cualquier día puedo hacer lo mismo que ellos y abandonar a mis hombres. Entonces, ¿qué sería de ti?

Con infinita ternura, Norma respondió:

—Tú nunca harás una cosa así, pero aunque la hicieses, yo no me separaría de tu lado.

David la contempló un instante, y luego la estrechó con todas sus fuerzas.

* * *

Habitsch contempló furioso a Walsh, que entraba en el despacho.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó.

El teniente coronel asintió.

—Sí, te he mandado llamar para preguntarte la razón por la que has desobedecido mis órdenes. Te dije que del asunto Pinkerton no debía enterarse nadie. Sin embargo, tú te decidiste a revelarlo a todo el mundo.

Walsh respondió:

—No fue culpa mía. Se descubrió todo por casualidad y la gente lo comenta de un modo que no se puede atajar. Lo que no comprendo es porque te interesa tanto ese oficial.

—No es ese oficial quien me interesa. Son los *rangers*. Mucho depende de la confianza que tengan en el jefe y la tenían casi ciega en el Mayor Pinkerton —hizo una pausa y añadió—: Mañana mismo salimos de operaciones. Dé las órdenes precisas para que todo esté dispuesto.

Poco después, llamaban a la puerta del despacho de Pinkerton. El joven autorizó a entrar, y Buddy se cuadró muy marcial.

—A la orden, Mayor El coronel le llama con sus mejores respetos.

Poco después, el joven se cuadró ante Habitsch. Este señaló una silla y le invitó a sentarse.

—Pinkerton, mañana salimos de operaciones. Esta misma noche han de acuartelarse los hombres y disponerse para salir de madrugada. Encárguese usted de que todo esté en orden. Las provisiones repártalas en mayor cantidad. Estaremos algún tiempo fuera. La operación es importante.

El joven hizo una pausa y luego agregó:

—Perdóneme, señor, pero quizá fuera preferible que diera a otro el mando.

—¿Qué le ocurre?

—Ya sabe usted lo que se rumorea, lo cual, por otra parte, es cierto.

Habitsch sonrió.

—He aprendido a no hacer mucho caso y si, en efecto, lleva usted en las venas sangre de cobarde y sabe sobreponerse a ello, es usted el héroe más grande que he conocido.

XVIII

LA OCASIÓN

David contempló a sus hombres, que le seguían en silencio, a través de la playa, cargados con el equipo.

Se encontraba de nuevo en manos del adversario, y que se hallaba a muchas millas de distancia de sus líneas, a través del mar.

Los dos grupos habían desembarcado en distintos lugares de la isla, para realizar las incursiones a las que habían acostumbrado a sus pueblos y que iban levantando la moral de las tropas, al principio muy débil.

La misión de Walsh era la de sembrar la discordia y el terror por toda la isla, mientras el otro grupo debía dirigirse hacia una estación de radio y control de aviones, volándola. Además, debían destruir una base de aprovisionamiento de la aviación. Debido a las incursiones de los *rangers* y a los ataques de la infantería de marina, los japoneses habían reforzado sus guarniciones de modo que nadie pudiera sorprenderles.

David sabía que la empresa iba a ser más difícil que las anteriores.

Además, temía la reacción de sus tropas, en las cuales habría disminuido la confianza que en él siempre tuvieron. Por fortuna, Habitsch se hallaba junto a ellos.

Habían desembarcado dos días antes, internándose en la selva hacia los objetivos que debían atacar.

Cuando todo hubiese concluido, se replegarían a la costa, donde unas embarcaciones americanas les recogerían.

Se hallaban ya muy cerca del primer objetivo y aquel mismo día, unas horas más tarde, deberían iniciar el ataque. De pronto, un ordenanza se acercó al joven, advirtiéndole:

—El coronel⁽¹⁰⁾ desea verle, Mayor.

David detuvo la unidad, ordenando Hobson:

—Encárgate tú de este destacamento.

Luego se encaminó al encuentro del teniente coronel, Habitsch le esperaba con un mapa extendido y una brújula.

—Según el mapa, debemos ya estar muy cerca de la estación observadora. Destaque usted un patrulla y averigüe lo que hay. Preferiría que fuera usted mismo quien se encargara de ello en persona.

—Sí, señor.

El joven volvió a la tropa y ordenó:

—O'Leary, necesito cuatro hombres para que me acompañen a dar una batida.

Antes de que acabara de decirlo, Mac y Buddy adelantaron un paso,

sonriendo con orgullo.

Otro soldado se unió a ellos y los cuatro siguieron al Mayor, que avanzó por entre la maleza, buscando el camino que pudiera indicarle el lugar donde se encontraba la estación de observación.

Sean marchaba en cabeza, apartando la maleza con cuidado. El menor movimiento podía denunciar su presencia a los japoneses y hacerles caer a todos en una encerrona de la que jamás saldrían.

De pronto, el sargento advirtió:

—Allí está la estación —hizo una pausa y agregó—: Y allí el taller de reparaciones.



—Allí está la estación...

David examinó atentamente el lugar. El primero era simplemente una serie de edificios, donde se albergaba la tropa, con una construcción desde donde captaban el paso de los aparatos. Se hallaba en una explanada y sin defensa de ninguna clase. El otro era un amplio edificio, ante el cual se extendía una carretera. Tampoco tenía defensas; sin embargo, se veía un

buen número de soldados paseando ante la puerta y patrullando en torno al edificio.

David estudió la situación. Era preciso buscar un medio de asaltar el poblado y conseguir inutilizar aquellas instalaciones. Los doscientos cincuenta hombres no serían suficientes para impedir el ataque de la guarnición japonesa. Sin embargo, debía hallarse un modo de hacerlo.

Permaneció observando la instalación japonesa, seguro de hallar un medio. Después hizo una seña a sus hombres, yendo al encuentro de Habitsch.

—¿Qué hay?

David explicó lo que sucedía, añadiendo:

—Deben estar bien defendidos y temerán que les ataquemos. Quizá el grupo B haya entrado ya en acción.

Habitsch consideró la cuestión.

—¿Se le ocurre algún sistema?

—Sí; yo con tres hombres puedo encargarme de la voladura del puesto de observación. Cinco pueden volar el taller de reparaciones. Sincronizaremos los movimientos y un cuarto de hora después de que hayamos partido, ustedes abrirán fuego. En la confusión, podremos huir.

Habitsch asintió.

—Elija sus hombres.

—No hace falta —dijo O'Leary—. Ya estamos aquí.

Hobson eligió cinco más, para preparar la otra voladura. Los voluntarios se despojaron del casco, de las polainas y de toda arma pesada, conservando tan solo las pistolas, los cuchillos y las granadas de mano. Luego, ocultaron bajo las ropas los explosivos. David decidió seguir con la pistola ametralladora, que podía ser útil. Luego, el teniente coronel sincronizó los relojes.

—Un cuarto de hora después iniciaremos el fuego. Ustedes deben huir hacia el árbol grande, que se alza al oeste del campamento. Una vez allí, por entre la espesura, se reunirán con nosotros.

Los dos grupos se separaron y fueron acercándose hacia el campamento. David mantenía la atención bien despierta, para no dejarse sorprender. Habían ya llegado al límite de la selva y era preciso internarse por la explanada que el enemigo había despejado en torno a las construcciones.

Una de ellas se hallaba a corta distancia del lugar donde se ocultaban los soldados y les protegía de los centinelas. Pinkerton saltó hacia adelante, seguido por sus tres compañeros. Una vez allí, se aseguró de que todo estaba en orden y de que no había peligro. Hizo una seña y siguió, pegado a la pared, hacia el puesto de observación.

En aquel momento, se oyeron unas voces y dos soldados japoneses pasaron junto a ellos, hablando muy interesados. No se dieron cuenta de

quién se encontraba a su lado. Una vez estuvieron lejos, el Mayor hizo una seña a sus acompañantes y siguieron hacia el puesto de observación. El centinela de la puerta paseaba aburrido, sin hacer mucho caso de lo que estaba ocurriendo, pues no imaginaba que pudiera suceder nada.

Luego se pegaron a la pared, esperando el momento de actuar. Pinkerton esgrimió la metralleta, protegiendo a sus hombres, y estos comenzaron a preparar los explosivos. Los minutos pasaban con exagerada rapidez.

Se diría que no iban a tener tiempo de realizar su misión y escapar a tiempo. David sentía que el corazón le latía, más deprisa y que los nervios se agitaban en el interior de su cuerpo, como impulsándole a escapar. Debían concluir su misión, pero se hubiese dicho que no lograrían escapar de allí. La selva se encontraba a muy corta distancia. Una rápida carrera y se habrían salvado.

Apretó las manos sobre la metralleta, al tiempo que O'Leary anunciaba:
—Ya está.

—Entonces, prendedle fuego y vámonos.

El sargento encendió una cerilla, y luego la acercó a la mecha. Esta prendió con rapidez y en aquel momento comenzaron a oírse las detonaciones de las ametralladoras y los estampidos de los morteros.

Los tres hombres echaron a correr. Ante ellos apareció un grupo de soldados japoneses, y Sean arrojó contra ellos una bomba de mano, mientras sus dos amigos disparaban las pistolas.

David marchaba, el último, protegiendo la retirada con la metralleta. Debían apresurarse antes de que la mecha hiciera estallar los explosivos, y entonces volaran todos deshechos.

Una patrulla japonesa avanzó entonces, descubriendo a los cuatro *rangers* que huían. David apretó el gatillo de la máquina, lanzando ráfaga tras ráfaga sobre los asaltantes.

Mientras se iban replegando a la selva, y en el poblado aumentaba el alboroto debido a la agitación del ataque.

Los cuatro *rangers* se internaron en la selva, avanzando a toda prisa, protegidos siempre por el joven. Siguieron adelante, hasta reunirse con el teniente coronel, pero cuando aún avanzaban por entre la maleza, se oyó una explosión aterradora, que parecía desgajar la tierra.

El puesto de observación había volado, destrozando a todos cuantos se hallaban en las inmediaciones. Iban a continuar, cuando otra explosión destrozó el taller.

Anulada la resistencia enemiga a causa de las voladuras, podían dirigirse hacia la base de los aviones.

* * *

Walsh mascullaba interjecciones en voz baja. El enemigo les iba a la

zaga, bien pertrechado y dispuesto a la lucha. Los encuentros que con él habían tenido fueron bastante afortunados, pero los japoneses estaban decididos a concluir con las incursiones, y se les pegaron a los talones persiguiéndoles continuamente.

Entonces, se encontraban en una situación un poco apurada, perseguidos por distintos grupos enemigos, bastante numerosos, que intentaban cercarles.

Debía evitarlo si quería proteger al otro grupo y salvar a sus hombres de una carnicería.

Continuó adelante, buscando el modo de evitar el cerco. De pronto, llegó un enlace de la vanguardia.

—Los japoneses están avanzando a nuestro encuentro.

Bill apretó los puños. El cerco casi constituido. Era preciso hallar un medio para que el enemigo no les pudiera aniquilar. Debían encontrar un lugar desde el que pudiesen abrir fuego y defenderse. Por fortuna, contaban con víveres y municiones para sostenerse y poder rechazar el ataque.

Se fueron replegando hacia unos macizos rocosos, desde los que sería fácil la defensa. Una vez allí, podrían defenderse del enemigo.

Walsh estableció los fusiles ametralladores y los morteros, distribuyendo a sus hombres tras los peñascos para que pudiesen iniciar la defensa.

El enemigo seguía atacando y resultaba difícil contenerle. Pero sus *rangers* sabían luchar. Tan solo les quedaba el aparato de radio⁽¹¹⁾ para establecer contacto con Habitsch.

Sobre el macizo rocoso, comenzaba a llover la granizada de plomo y de metralla del enemigo.

* * *

Habitsch observó la sede de aprovisionamiento de aviones y sonrió, moviendo la cabeza.

—Va a ser difícil asaltarla, porque ya estarán sobre aviso. Además, es difícil imaginar que les venzamos —dijo con cierto desaliento—. Están decididos a luchar hasta el fin.

Pinkerton observó el campo, con expresión serena. Sí, era difícil de lograr, pero los *rangers* debían hacer lo imposible.

El enlace del teniente coronel se acercó para decir:

—Sigo sin noticias del grupo B. No logro establecer contacto.

Habitsch apretó los labios. Todo se iba complicando y parecía difícil poder salir con bien de aquella situación. De pronto, exclamó Pinkerton:

—Señor, en aquel extremo se encuentran los depósitos de gasolina. Si les prendemos fuego, inutilizaremos la base e impediremos que el enemigo nos persiga.

El teniente coronel le miró, asombrado.

—¿Y cómo se puede incendiar la base desde aquí?

David, obsesionado con su idea, explicó, indicando los lugares donde creía que debían colocarse los hombres:

—Nos encontramos muy lejos, pero si pudiéramos acercarnos más, no sería difícil lanzar sobre los depósitos una granada. La gasolina se extendería, destruyendo todas las instalaciones.

—Tiene razón. Rodearemos el campo, para colocarnos más cerca.

Todo el grupo fue siguiendo a los jefes hasta colocarse en el otro extremo, desde donde dominaban los depósitos. Se encontraban aún algo lejos, separados de su objetivo por los centinelas japoneses, pero era más realizable la idea de David.

—Prepara el mortero. Voy a volar los depósitos desde aquí.

El sargento sonrió.

Este hizo una seña a O'Leary, advirtiéndolo:

—Va a ser una sorpresa.

Instaló el mortero, cargándolo con gran cuidado. Luego, se volvió hacia Pinkerton.

—Afíñese, Mayor. Que vean todos cómo las gastamos los *rangers*.

David calculó la distancia y apuntó. Luego, lanzó el proyectil. Enseguida, el joven volvió a cargarlo y disparó de nuevo. Los servidores reemplazaban con gran presteza los proyectiles. David disparó dos veces más.

Los obuses cayeron en la tierra, junto a los depósitos, esparciendo sus esquirlas y lanzando la metralla en todas direcciones. Habitsch, que observaba el campo con los gemelos, pudo advertir que los estallidos producían un gran revuelo.

De súbito, un obús estalló en el centro de los depósitos. Se vio una roja llamarada que se alzaba con un rugido infernal, y luego las lenguas de fuego que saltaban de allí, extendiéndose en todas direcciones. Los depósitos vecinos se inflamaron a su vez, mientras la gasolina se desparramaba por la base aérea, destrozando todos los edificios que encontraba a su paso.

Pinkerton se volvió hacia su superior.

—Ya podemos marcharnos.

Habitsch se puso en pie, para dar una orden, y en aquel momento una bala, que nadie sabía de donde vino, le alcanzó en la cabeza, derribándole. Corrieron los *rangers* a su lado, recogiénolo.

Entonces, el enlace advirtió:

—Por fin he establecido contacto con el grupo B.

David se acercó al aparato, exclamando:

—Aquí, grupo A; conteste, B. ¿Qué sucede? Corto.

—Aquí, B. Escuche, A. Estamos rodeados de japoneses. No podemos

salir de aquí, pero les entretendremos. Vamos a resistir mientras sea posible.

David se estremeció. Sus compañeros de armas estaban inmovilizados y pronto caerían bajo el ataque japonés. Era preciso ir en su busca.

—¡Resistan, resistan! —exclamó—. Corto.

El capitán médico le informó que no era grave la herida del jefe, pero que debería descansar y encontrarse en un lugar alejado de toda actividad.

David asintió.

—Le daré una escolta y marchen ustedes al lugar donde deben recogerlos los submarinos.

Se detuvo, dándose cuenta de que las tropas le rodeaban, esperando sus decisiones y sus órdenes. Todo dependía de él y nadie más que él podía decidir. Pero en los rostros de sus hombres y en sus miradas descubrió la lealtad hacia él y la confianza que en él tenían. No, no iba a defraudarles.

—Todos habéis oído que el grupo B está cercado. Son nuestros compañeros de armas. No podemos abandonarles para que los japoneses les ametrallen. Si hemos de caer, lo haremos juntos y luchando. Cinco voluntarios para acompañar al doctor. Esperarán allí a que regresemos nosotros o a que les recojan los submarinos.

Nadie se movió. Todos permanecían tranquilos, apoyados en sus armas, con los cráneos cubiertos por los cascos. Todos preferían acompañarle. David contuvo su emoción y luego eligió a cinco hombres y a un sargento.

—Deprisa. Acompañadle. No hay tiempo que perder.

Uno de los soldados murmuró:

—También es mala pata. Con lo divertido que esto se ponía.

El Mayor vio cómo la diminuta columna se alejaba y luego se volvió a sus tropas:

—¡Vivo; hemos de llegar cuanto antes y nos esperan para no morir!

David se internó en la selva al frente de sus hombres, decidido a salvar a sus compañeros.

* * *

Hobson regresó sonriendo, seguido por uno de los *rangers*.

—Les hemos encontrado —dijo sencillamente—; pero están en muy mala situación —hizo una pausa y añadió—: ¿No sería mejor informarles de que nos acercamos?

David negó con la cabeza.

—Nos exponemos a que el enemigo intercepte la línea y descubra nuestros propósitos. Es preciso sorprenderles para poder salvar a nuestros compañeros.

Hobson asintió. Luego, dijo preocupado:

—Son muchos los que les están rodeando. No sé cómo vamos a romper el cerco y sacarles de allí.

David se acercó a examinar el terreno. Los *rangers* que habían montado la escucha estaban tranquilos. Contemplaban a su jefe con una sonrisa de seguridad y de orgullo.

En efecto, el promontorio donde se encontraban los *rangers* del grupo B, se hallaba rodeado por un buen número de tropas enemigas, que mantenían un fuego nutrido y mortal. Desde el interior, seguían disparando y defendiéndose con desesperación.

David volvió a reunirse con sus hombres.

—Todo va a ser sencillo, pero se requiere audacia —explicó—. Iremos sembrando de explosivos los contornos y una vez hayan estallado nos lanzaremos a la carga, mientras desde aquí se protege el ataque con morteros y los fusiles ametralladores.

Todos asintieron, tras haber comprendido. David señaló los grupos que debían ir colocando los explosivos. De ellos dependía mucho de lo que se hiciera. Si fallaban, no solo impedirían que se salvara a sus compañeros, sino que morirían todos.

* * *

Walsh, con el brazo en cabestrillo, contemplaba las posiciones enemigas, erizadas de fusiles y de ametralladoras. Sus hombres resistían bien y seguían defendiéndose. Por fortuna, a causa de la configuración del terreno no tenía muchos heridos, pero no podrían aguantar durante mucho tiempo. El resto de la fuerza, el grupo A, debía encontrarse ya en la costa y a punto de ser recogido por los submarinos. Había cumplido con su misión, pero le horrorizaba morir allí, en aquel ignorado rincón de la isla.

Allí, se dijo, todo concluía.

Inesperadamente, hubo una horrible explosión hacia el norte, al tiempo que unos árboles saltaban destrozados, como alcanzados por un cañonazo. Los *rangers* se miraron con inquietud. ¿Es que los japoneses habrían emplazado artillería? De súbito, otra explosión se anunció más al este, como una segunda bomba. Walsh se preguntó quién podría dirigir aquellos disparos, puesto que no podían ser tan malos los artilleros nipones.

Las explosiones seguían, inundando el valle de estallidos y de humo. Los *rangers* se preguntaban qué podía ser aquello, pero el fuego enemigo, a cada detonación iba disminuyendo.

Los soldados adversarios miraban a un lado y a otro, preguntándose qué podía ser aquello y a qué obedecerían aquellas explosiones. Se agitaban en las trincheras, inquietos y asustados.

Pinkerton, en su puesto, se dijo que había llegado el momento de atacar, pero faltaba la última señal.

De súbito, desde distintos lugares los morteros y los fusiles ametralladores abrieron fuego sobre los japoneses. Con los estallidos de los explosivos se mezclaban el tableteo de las armas automáticas y las esquirlas

de los morteros.

Entonces, David se puso en pie, encarando la metralleta.

—¡Adelante!

Los *rangers* le siguieron, disparando sobre el adversario y asaltando las posiciones enemigas.

En el interior del macizo rocoso, Walsh había advertido la maniobra y exclamó:

—Hay que ayudarles. No podemos dejar que luchen solos.

Salieron todos los que podían tenerse en pie, con las armas montadas, combinando sus esfuerzos con los hombres de Pinkerton. La carga fue feroz y decidida.

A bombazos, con la culata, a golpes de bayoneta o de cuchillo, se abrían paso entre los japoneses, desbaratando la alineación de sus posiciones.

Poco a poco, pero aterrados por el estallido de los explosivos y el fuego que sobre ellos hacían desde varios lugares, los japoneses se fueron replegando, hasta huir de allí desordenadamente.

Pinkerton y Walsh se encontraron sobre la trinchera. El teniente coronel preguntó al joven:

—¿Y Habitsch?

—Le hirieron en el asalto a la base de aviones. Lo mandé a la costa con una escolta.

Walsh abrió la boca para decir algo, pero Pinkerton apremió:

—Vamos; antes de que los japoneses vuelvan a atacar, salgamos de aquí. Aún llegaremos a tiempo de que nos recojan los submarinos.

* * *

El camarote era agradable y Habitsch escuchaba los informes de los dos oficiales. Sonrió, añadiendo:

—Siento habérmelo perdido. Pero les felicito a los dos.

Walsh no respondió, manteniendo la vista baja.

Los submarinos les habían recogido y les sacaron de aguas japonesas, hasta alcanzar a un transporte que les estaba aguardando.

Se abrió la puerta y un telegrafista entregó un parte al herido. Este lo abrió, sonriendo.

—Me anuncian el ascenso a coronel. Pero seguiré mandando los dos grupos. Lo habíamos hablado antes. Seguiremos luchando juntos. Y, Pinkerton, voy a proponerle a usted para el mando del grupo A, con el ascenso necesario. Lo merece, ¿verdad, Walsh?

Este asintió.

—Desde luego.

Pinkerton se sentía demasiado emocionado y pidió permiso para salir. En breve se encontraría con Norma y creía estar tranquilo acerca del

futuro. Había vencido muchos obstáculos.

—Pinkerton —el joven se volvió para ver a Walsh que se acercaba, a su encuentro—. Sé que fue obra suya nuestro rescate y aún no le he dado las gracias.

—No tiene importancia. Hemos estado muy atareados.

Walsh agregó:

—Pero hay algo más que debo decirle. Yo fui quien propagó el secreto familiar. Vengo a pedirle excusas por ello. Y no crea que es solamente por haberme salvado la vida. Un hombre que ha soportado lo que usted, nunca será un cobarde.

Pinkerton se mordió los labios, emocionado. Aquello era lo que más había ambicionado durante toda su vida.

—Gracias, señor.

Walsh tendió la mano, al tiempo que decía:

—Me llamo Bill.

David sonrió a su vez, estrechando la diestra del amigo.

—De acuerdo. Siempre se lucha mejor con gente en la que confiar.

FIN

Los tensos nervios del infatigable y valeroso agente secreto, experimentaron una brusca sacudida, al escuchar las palabras del doctor:

—Lo siento, pero no puedo hacer nada. Quedará irremediablemente ciego...



¡Ciego! ¡Precisamente en aquel instante! En un país enemigo, entre seres desconocidos, llevando una documentación falsa y sin poder demostrar su personalidad...

Este es uno de los emocionantes lances, que el famoso **Vic Peterson** sitúa como parte integrante de su formidable novela

LOS MUERTOS SUSURRAN

¡Una red invisible se cernía sobre el indefenso agente Dreck Duncan! ¿Podía fiarse de alguien? ¿Sería también una espía enemiga la encantadora Gina Vercel, la mujer que se había constituido en su voluntario lazarillo?

¡La más espectacular novela que se le ha ofrecido jamás!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará dentro de siete días

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*¿Sabe usted cómo debe
cuidar de sus aves de
corral?*

Lea con detenimiento

AVES DOMESTICAS

Un nuevo título, tan útil como los anteriores, que
la famosísima

COLECCION PRACTICA

les ofrece esta misma semana

AVES DOMESTICAS

Un volumen que usted no puede desconocer, por-
que su contenido le interesa extraordinariamente

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

422 — Silver Kane
EL MARQUES DEL "COLT"

COLECCION "BUFALO"

119 — R. C. Lindsmall
CUNA DE FORAJIDOS

COLECCION "CONGO"

13 — Rogers Kirby
LA RUTA DE LOS MASSAI

COLECCION "PANTERA"

56 — A. Rolcest
MANOS ATADAS

COL. "SERVICIO SECRETO"

286 — H. Onson
FRONTE A SU PROPIA SANGRE

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
AVES DOMESTICAS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

481 — Agatha Mor
VEINTE AÑOS EN BLANCO

COLEC. "MADREPERLA"

377 — María Adela Durango
MINUTO DECISIVO

COLECCION "ROSAURA"

321 — Armando Sandoval
HORIZONTES SIN LIMITE

COLECCION "AMAPOLA"

207 — Jesús Navarro
CUANDO FLOREZCAN LOS CEREZOS

COLECCION "ALONDRA"

160 — Trini de Figueroa
SIGUEME

COLECCION "CAMELIA"

101 — Victor Sanmartín
CORAZONES ENCADENADOS

COLECCION "ORQUIDEA"

71 — Carlos de Santander
NOCHE OSCURA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

COLECCION HISTORIAS

Viajes, aventuras, biografías
y relatos educativos, se dan
cita en esta biblioteca, la más com-
pleta y apropiada para la juventud.

**¡UN REGALO QUE TODOS
AGRADECERÁN!**

Magníficos volúmenes
de 256 páginas con portadas
a todo color y más de 250 ilustraciones

De VENTA en QUIOSCOS y LIBRERIAS

Precio del ejemplar: 25 ptas.

Cada mes aparecen 2 nuevos títulos



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Proyecto 2 BARCELONA



**UNITED ARTISTS
C. B. FILMS**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

TRES FIRMAS DE PRESTIGIO, UNIDAS

para ofrecer al público, una obra maestra en sus
versiones literaria y cinematográfica

NO SERAS UN EXTRAÑO

La novela que ha batido el record de ventas en
Estados Unidos, el pasado año y la película más
admirada de los últimos tiempos.

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra maestra de

MORTON THOMPSON

es un girón de la vida misma, reflejada con el
más completo y asombroso verismo.



**LUCAS Y
KRISTINA**

son su pareja protago-
nista. Un matrimonio
unido en la profesión y
distanciado en sus sen-
timientos, para quienes
la felicidad era
desconocida



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡Una novela que nadie puede dejar de leer!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS



Acaba de aparecer

54 RECEPTORES DE FACIL MONTAJE

*Un volumen que usted
no debe olvidar, por-
que su contenido le in-
teresa en grado sumo*

54 RECEPTORES DE FACIL MONTAJE

Un nuevo título que ha dado en la diana de los éxi-
tos, como anteriormente lo hicieron cuantos compo-
nen la famosa colección

TECNICA AL DIA

Pida en quioscos y librerías

54 RECEPTORES DE FACIL MONTAJE

Ultimo título lanzado al mercado por la colección
del siglo XX

TECNICA AL DIA

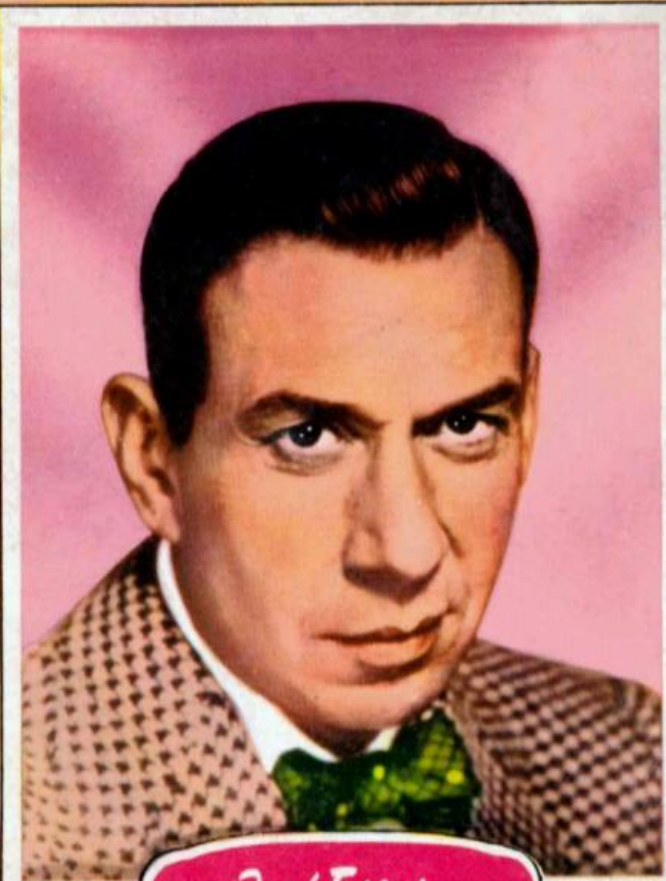
Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



José Ferrer

N.º 199 José-Vicente Ferrer Otero y Cintrón es el verdadero nombre de este singular actor, nacido en Santurce (Puerto Rico), el 8 de enero de 1912. Entre sus éxitos destacan "El motín del Caine", "Cyrano de Bergerac" y "The Shrike". Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3.50

- {1} **Marca de los aviones japoneses.**
- {2} **«Hacia allí», canción popular americana que entonaban las tropas en la anterior guerra mundial.**
- {3} **Cuando se rindió la isla de Batán, Manila y los principales puntos del archipiélago filipino habían caído en poder de los japoneses.**
- {4} **Distinguished Service Orden: Orden de los Servicios Distinguidos. Condecoración americana de las más importantes.**
- {5} **Purple Heart, Corazón Escarlata, Emblema de Herido de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.**
- {6} **Los comandos americanos recibían el nombre de rangers. Asimismo, para distinguirlos recibían el nombre, por grupos de su jefe, añadiendo la calificación de merodeadores.**
- {7} **Anagrama de Australia New Zeland Army Corps. Cuerpo de Ejército Australiano y Neozelandés.**
- {8} **A raíz de la conquista de las Filipinas y de la avalancha japonesa por los islotes del Pacífico, en Australia se temía un desembarco japonés, del cual había un proyecto.**
- {9} **Equivale al «profesional» del ejército español.**
- {10} **A los tenientes coroneles, cuando no se trata de asuntos oficiales, se les suele llamar coroneles.**
- {11} **En aquella época no existían aún los «talkie-walkie» (teléfonos portátiles de campaña), que luego resultaron tan útiles a las fuerzas de asalto, debiendo emplear radios portátiles.**